

LA TUMBA DE LA SEÑORA SCOTT

SILVER KANE

Tenía los ojos cargados de sueño cuando leyó aquellos titulares. Y era natural que los tuviese así, puesto que no había podido pegar ojo en toda la noche. Situó los periódicos sobre la mesa de su despacho y se dio cuenta de que el sentimiento de alarma ya había llegado a tener dimensión nacional. Incluso el moderadísimo Times titulaba a tres columnas:

ES NECESARIO QUE EL GOBIERNO TOME ALGUNA MEDIDA EN RELACIÓN CON LOS SUCESOS DE PALADIAN MANOR

¿SERÁ CIERTO QUE HAY QUE VOLVER A CREER EN LOS FANTASMAS?

Otros periódicos pedían que se paralizaran las obras que habían de significar la destrucción del cementerio, pero la mayoría de ellos pedían al contrario, que las obras se aceleraran y que aquel lugar maldito fuera destruido de una vez. Eran muchos los que pensaban que la venganza de la señora Scott acabaría cuando hasta su sepulcro fuera aniquilado para siempre…



Silver Kane

La tumba de la señora Scott

Bolsilibros: Selección Terror - 203

ePub r1.0

xico_weno 26.06.17

Título original: *La tumba de la señora Scott*
Silver Kane, 1977
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El grito de horror resonó en la llanura, rasgando la noche, mientras el viento aullaba entre los Cipreses del cementerio.

Era un grito largo, lento, en el que flotaban un miedo contenido y una amenaza palpitante.

Los que estaban en Paladian Manor a aquella hora abrieron las ventanas, extrañados por el alarido, y se enfrentaron a las tinieblas de la noche. Pero en el borde del bosque brillaba una lucecita, y eso fue lo que impulsó al doctor Ransom a correr como un loco en aquella dirección, mientras las ráfagas de lluvia se estrellaban contra su rostro.

Toda aquella comarca de Cumberland estaba igual que varios siglos atrás, como si el tiempo no hubiera pasado. Las grandes casas de piedra, ahora abandonadas, los árboles centenarios, los caminos solitarios, las cercas que se iban pudriendo… Quizá por eso le gustaba tanto al doctor Ransom, aunque a veces pensaba que aquélla era una comarca embrujada en la que no se podía vivir.

Cuando llegó al sitio en que había visto la lucecita se dio cuenta de que era justamente lo que había imaginado. El viejo Samuel Burns acababa de salir con su coche de caballos, como venía haciendo regularmente desde cincuenta años antes, y en ese coche de la época victoriana sólo había un farol de aceite. Pero ocurría algo más. El viejo Samuel Burns estaba caído a un lado del pescante, con los ojos muy abiertos y la cara terriblemente inmóvil. Esa cara iba siendo batida por las fuertes rachas de lluvia.

El doctor Ransom se dio cuenta enseguida de una cosa: de que estaba muerto. Y de algo mucho más tenebroso, de algo que le hizo lanzar un grito, también. Porque se dio cuenta de que el viejo Samuel Burns HABÍA MUERTO DE MIEDO.

Junto a él, estaba Lassie, la joven criada que, según decía el

médico, tenía nombre de perro. Y era en cierto modo como un perro fiel, pues jamás se apartaba del viejo y lo cuidaba como a un padre. Incluso ni aquella noche de rayos y de tormenta había dejado de acompañarle en su paseo nocturno.

Era la muchacha la que había chillado.

Tenía los ojos desencajados por completo.

El agua resbalaba por su rostro y empapaba sus ropas, pero no se daba cuenta de eso. No se daba cuenta de nada, excepto de su propio horror.

El doctor Ransom se inclinó sobre el caído. No necesitó más que auscultarle levemente, para darse cuenta de que había acertado en su primer pronóstico. Luego miró a Lassie, que se había metido frenéticamente los dedos en la boca para no chillar otra vez.

—¿Pero qué ha pasado? —murmuró—. ¿Por qué ha muerto el viejo? Veo que los caballos están tranquilos y que no hay nadie. ¿Qué diablos ha ocurrido?

Lassie farfulló con un soplo de voz:

—La ha visto…

—¿Ha visto a quién?

—Él lo ha dicho…

—¡En nombre del cielo! ¿Qué ha dicho?

—Que era la señora Scott…

El doctor Ransom apretó los labios y por sus ojos pasó una expresión que no era normal, una expresión astuta, taimada y hasta un poco siniestra. ¿Por qué se alegró? ¿Por qué llegó a sentir aquel gozo frenético, aún en contra de su voluntad? ¿Era quizá porque aquella muerte confirmaba su teoría de que la comarca estaba embrujada? ¿O por algo peor?

Pero intentó anular aquella expresión de sus ojos y ser amable, mientras decía:

—¿Pero cómo es posible? Ninguno de vosotros lo ha visto bien. La señora Scott murió hace muchos años.

—¿Cuántos años? —preguntó ingenuamente Lassie.

—Más de un siglo.

Dominando un cierto sentimiento de repulsión, puesto que tenía que estar en contacto con el muerto, el doctor Ransom se acomodó lo mejor que pudo en el pescante, indicó a la muchacha que se sentara al otro lado y manejó las riendas para hacer volver los

caballos a la casa. Todas las luces de Paladian Manor estaban encendidas ya, pero, a pesar de eso, la mole de piedra seguía teniendo el mismo aspecto siniestro.

El muerto fue descargado, y poco después reposaba en la enorme cama con dosel donde había nacido y donde él siempre dijo que desearía morir. Aún seguía teniendo los ojos abiertos con aquella expresión de horror, por lo cual el doctor Ransom se los cerró, poco a poco.

Luego tomó de la mano a Lassie.

La pobre muchacha huérfana, que acababa de cumplir los diecisiete años, estaba aterrada. Sus dedos temblaban de tal forma, que el doctor Ransom tuvo que sujetarla con toda su fuerza.

—Dime —preguntó—, ¿era aquélla?

El cuadro ocupaba el sitio de honor de la habitación, y todas las luces de las pantallas parecían confluir en él. Se trataba del retrato —una pieza de auténtica calidad— de una dama ya otoñal, de ojos profundos y quietos, de boca que tenía una sonrisa extraña y de manos que no estaban plegadas sobre el regazo mansamente, sino que se tendían formando como dos garras. Aquella mujer debía haber sido hermosa, pero ahora había en ella algo de espantoso, de extraño, algo que causaba un escalofrío y no se sabía por qué.

—Dime, ¿era ésta?

No necesitó que Lassie se lo confirmara, porque la muchacha se había puesto a gemir. Tuvo que soltarla y dejar que corriese hacia el interior de la casa, hacia cualquier sitio en que encontrara refugio. Mientras tanto un silencio abismal, profundo, pareció caer sobre aquellas salas enormes donde se había petrificado el tiempo.

La gigantesca puerta chirrió, entonces, poco a poco.

Donovan entró entonces, fumando su inseparable pipa. Aquel ingeniero de apenas treinta años, vestido de una forma deportiva y un tanto despreocupada, no encajaba bien en aquel ambiente de Paladian Manor, donde se admitía cualquier cosa menos la desenvoltura. Contempló el cadáver, retiró entonces la pipa de entre sus dientes, como señal de respeto, y balbució:

—¿Pero qué ha ocurrido?

—El dueño de la casa ha muerto, Donovan.

—¿Pero qué dice? Estaba sano, hace apenas veinte minutos, cuando ha salido a dar su paseo en esa especie de coche funerario

que llevaba. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Ha muerto de miedo.

Donovan entrecerró un poco los ojos, mientras farfullaba:

—¿Está loco, doctor Ransom?

—No estoy loco. Sencillamente ocurre que soy médico.

—Razón de más para que no diga cosas que no tienen sentido.

Ransom no se ofendió. Pese a que había atacado su ciencia, dejándole poco menos que como un chiflado, se limitó a andar hacia la ventana con las manos unidas a la espalda y a mirar con expresión taimada los cristales por los que resbalaba la lluvia. Pero, cuando se volvió, aquella luz taimada había desaparecido de sus ojos, donde no había absolutamente ninguna expresión.

—Mucha gente muere de miedo en este país —dijo—, pero lo que ocurre es que los médicos solemos certificar fallo cardíaco y nos lavamos las manos. En este caso, también diría que ha sido un fallo cardíaco, de no ser por la expresión del viejo, que reflejaba un absoluto horror. Y de no ser por la declaración de Lassie, que dice haber visto a la señora Scott. Y todos sabemos que Lassie, por ser una chica un poco retrasada mental, nunca miente.

Donovan guardó su pipa.

—¿Qué piensa? ¿Que esta comarca está embrujada? —murmuró—. Usted lo ha defendido siempre, a través de conferencias y de libros. Incluso, recuerdo una charla en la televisión. Sí. Los viejos, los intocables cementerios de Cumberland… Cementerios que llevan siglos así y que no deben ser maltratados por la mano del hombre. Es eso lo que piensa, ¿verdad? Que la señora Scott ha salido de su tumba para atacarnos a nosotros, a los que queremos destruir su entrañable cementerio. Y la primera víctima puede haber sido su nieto, el viejo Samuel Burns. El hombre que dio, al fin, su consentimiento para que el cementerio fuera destruido… ¿Es eso lo que no se atreve a decir, pero da vueltas por su cerebro?

El doctor Ransom dijo, con un hilo de voz:

—Sí.

—Y volvió la espalda. La lluvia golpeaba de nuevo los cristales, pero ahora con más fuerza. Las ráfagas de viento daban, a intervalos, la sensación de que iban a destrozar las viejas puertas de la casa.

La voz del doctor Ransom no parecía la suya, cuando murmuró:

—Si la señora Scott ha salido de su sepulcro, las muertes no van a terminar aquí. Una ola de horror se ha abatido sobre la comarca. Algo que no había sido conocido jamás, destrozará nuestras vidas. Usted quizá no lo crea, Donovan, pero nos enfrentamos a lo desconocido. La fuerza implacable de la muerte, que ha estado dormida durante siglos, se abate ya sobre nuestras cabezas…

Y calló.

La voz parecía habérsele disuelto en la garganta.

Las ventanas del piso superior empezaron a abrirse misteriosamente, mientras sobre ellas reventaba la lluvia.

CAPÍTULO II

También la lluvia parecía estallar sobre los cristales del tren correo de Liverpool cuando se detuvo lentamente en la estación provinciana de Marmedoor. Se oyeron unos cuantos chirridos y algunas personas se asomaron a las ventanillas, aunque sin abrirlas, mientras con los dedos trataban de eliminar el vaho que las había ido empañando. Eran los que sabían que aquel tren no se detenía en Marmedoor y no se explicaban el porqué de la parada intempestiva.

Uno de los que se asomaron, era el ingeniero jefe Thompson. Vestido un poco como a principios de siglo, con un macferlán y una gorra, hizo un gesto de hastío y salió al pasillo para preguntar:

—¿Pero qué pasa? ¿Es que los ferrocarriles británicos no son, ahora, ni siquiera puntuales? ¿Por qué nos detenemos aquí?

El revisor se llevó educadamente dos dedos al borde de la gorra.

—Han avisado al maquinista que podía existir una avería en el tendido, a causa de las lluvias, y ha querido saber si el jefe de estación se lo confirmaba o no. Una parada de sólo un par de minutos, señor. No nos retrasaremos por eso.

Thompson gruñó:

—De acuerdo, de acuerdo… Gracias. Si no fuera por esta lluvia, bajaría a comprar el periódico. ¿Sabe cuál es el país que más medallas ha ganado en la Olimpiada de Montreal? ¿No ha habido incidentes a última hora?

—No, no, señor. La clausura se ha efectuado normalmente. El país que ha obtenido más medallas ha sido, como siempre, la Unión Soviética.

Thompson gruñó por entre sus dientes:

—Cochino comunista.

Y se dirigió a la puerta, pero la lluvia le hizo desistir de atravesar el andén. Sin embargo, había alguien que lo atravesaba.

Thompson hizo una especie de guiño mientras tenía la sensación de que lo había visto bien. ¿Qué era aquello? ¿Un fantasma?

La vieja dama parecía haber sido arrancada de una estampa de otra época. Claro que como la estación tampoco había sido reparada desde hacía cien años, no desentonaba con el ambiente. Llevaba una falda hasta los pies, un sombrero perfectamente Victoriano y un paraguas de cuyos bordes se desprendía una especie de borlas, como para darle mayor suntuosidad. Era uno de esos paraguas que solamente se hubiera atrevido a usar la virreina de la India, en ciertas ceremonias.

¿Qué hacía allí? ¿De dónde había salido aquella mujer?

Un rayo atravesó entonces todo el andén, dando la sensación de que iba a empotrarse en el convoy, y su luz mortuoria lo iluminó todo como en un terrible chispazo, antes de que pasara por encima de los vagones y se estrellara en un árbol que había unas cien yardas más allá. Fue entonces, a causa de esa luz, cuando Thompson pudo verla perfectamente.

Incluso sus miradas se encontraron.

La mujer tenía la piel muy blanca.

Espantosamente blanca.

¿O quizá era a causa de la luz irreal que los envolvía a todos?

Sus ojos eran quietos y profundos.

Sonreía de una forma extraña; de una forma maligna.

Sus manos estaban ligeramente tendidas hacia adelante.

Una sostenía el paraguas y por eso no se notaba, pero la otra era una auténtica zarpa, Thompson no supo por qué., pero pensó en la muerte.

Dijo:

—Dios mío…

Y eso que él sólo se acordaba un poco de Dios por los días de Cuaresma.

Se dio cuenta de que la extraña mujer subía en su propio vagón, aunque por el otro lado, y tuvo un estremecimiento de frío. Lamentó haber hecho aquel viaje, pensando en lo bien que estaría ahora en su piso de Chelsea, tomando una taza de té y viendo, en color, uno de los programas de televisión sobre el New Scotland Yard. Le chiflaban las cosas policíacas, pero siempre que las cosas policíacas les ocurrieran a los otros.

Al fin se metió en su apartamento single mientras encendía la pipa. Se arrellanó en el asiento y trató de pensar en cosas agradables, cosas que no tuvieran relación con aquella maldita noche de lluvia y de viento que lo envolvía todo. Al fin exhaló un suspiro de bienestar, cuando el convoy reemprendió la marcha y se alejó de aquella vetusta estación de Marmedoor.

Sus ojos se entrecerraron.

Se sentía bien, allí.

Tranquilo. Sosegado.

Le rodeaba esa especie de suave bienestar en que saben envolverse, siempre, los buenos fumadores de pipa.

Abrió, entonces, los ojos.

Tenía la sensación de que alguien le estaba mirando. De que había entrado alguien en su apartamento. Pero no, eso no podía ser. Él estaba solo. Él viajaba en un single, o sea un apartamento unipersonal. Tampoco había oído para nada, el ruido de la puerta.

Y entonces la vio.

La vieja estaba allí.

Sentada frente a él.

Su sombrero aún despedía unas gotas de agua. El borde de su larguísima falda estaba mojado. Era una falda de las que ya solamente se ven en el museo de figuras de cera de *madame* Tussauds.

Y también de cera parecía la cara. La palidez era tan espantosa, que ni en los depósitos de cadáveres se veía una cosa así. Y las dos manos estaban, ahora, tendidas hacia Thompson.

Pero no eran manos. Eran garras.

Estaban crispadas.

Y una de ellas sostenía unas enormes tijeras.

Thompson no lo entendía, pero hasta el final conservó la típica flema británica. No se dejó ganar por la sorpresa ni el horror. Mientras retiraba la pipa de los labios dijo, como había oído decir a ciertos actores de la TV:

—¿Pero qué hace usted aquí? No nos han presentado, que yo recuerde…

La mujer no contestó.

Sonreía quietamente.

Movió las tijeras.

Su gesto fue tan veloz, que Thompson no pudo preverlo. Resultó asombrosamente certero, asombrosamente rápido. Las dos hojas de la tijera, afiladas como cuchillos, se juntaron sobre su cuello.

Fue un *TLAS* siniestro y rápido. Las dos hojas hicieron el efecto que hubieran hecho las de una guillotina.

La sangre saltó.

Thompson tenía los ojos desencajados.

Llevó las manos al cuello. No pudo ni gritar. Se encogió, mientras de su garganta surgía una especie de estertor moribundo.

Y entonces sucedió lo más horrible.

Ni en los viejos relatos de terror a que era tan aficionado, había leído nada semejante.

Las tijeras se movieron otra vez.

Y buscaron uno de sus ojos.

Aquel ojo fue materialmente extirpado —o enucleado, como diría más tarde el informe policial— mientras toda la cara de Thompson se volvía de color escarlata. El dolor que sintió fue tan espantoso, que llegó a nublar su cerebro y le impidió gritar. Entonces las tijeras se movieron nuevamente.

Buscaron el otro ojo.

Era una escena salvaje, una auténtica carnicería sin nombre. Thompson cayó hacia adelante. La elegante moqueta del apartamento se fue tiñendo de rojo, mientras los dos globos oculares resbalaban por ella.

Flotaba, allí, un aire de pesadilla.

La mujer se puso entonces en pie y abrió la ventanilla. La lluvia le dio en la cara, pero eso no pareció afectarla en absoluto. Pese a lo incómodo de las ropas que llevaba, pasó una pierna por encima del alféizar. El correo de Liverpool había tomado entonces una buena velocidad, pero había de disminuirla algo más adelante, al tomar una curva. La extraña mujer-con-cara-de-muerte saltó.

Lo hizo magníficamente bien.

Hubiera podido decirse que era un salto asombroso.

Aun así rodó por el terraplén de mullida hierba, pero la blandura del terreno amortiguó el golpe. Su figura desapareció en la noche, mientras los relámpagos lo iluminaban tétricamente todo en la lejanía.

La brusca sacudida del vagón al tomar el tren la curva, hizo que,

en el interior del apartamento de la muerte, uno de los globos oculares saltase al aire.

CAPÍTULO III

Las niñas estaban cantando en corro, junto a las paredes de Paladian Manor, que parecían las almenas de un castillo:

… Y la vieja saltó al aire
y a su amante acuchilló.
Y a los niños que rezaban
la sangre les salpicó.

Paladian Manor era una de las pocas mansiones inglesas que aún tenía sirvientes en buena cantidad, pues el viejo Samuel Burns había sido muy rico hasta el día de su muerte. Las hijas de los sirvientes solían cantar en el gran patio interior, mientras bailaban al corro una vieja danza escocesa.

El doctor Ransom cerró la ventana y murmuró:

—Una canción tétrica de veras, ¿eh?

Miró en torno suyo, a los que estaban reunidos en la habitación, una inmensa biblioteca hecha con sólida madera de roble. Los sillones de piel roja se hallaban ocupados por el ingeniero Donovan y el inspector Clarendon, de Scotland Yard. Los dos tenían los ojos clavados en él, mientras se sentían envueltos en el silencio.

—Sí —dijo el inspector Clarendon—. Incluso no me parece normal. Las salpicaduras de sangre no suelen aparecer en las canciones infantiles.

—En las canciones modernas no —explicó Ransom—, pero sí en las antiguas. Hace solamente cien años, se educaba a los niños para la violencia y la guerra, mientras que ahora, en ese sentido, se han hecho mucho más inocentes, lo que no quiere decir que sean más honrados. He estado excavando en viejos archivos de hace doscientos años y resulta asombroso el gran número de canciones

que hacen referencia a las peleas y al sexo. Como saben, yo conozco muy bien esta comarca, de la que soy una especie de historiador oficial.

Tomó asiento y miró a Clarendon, que le parecía demasiado joven para ocupar un cierto cargo destacado en el Yard. Clarendon sólo tenía veinticinco años, y sus hombros cuadrados y piernas flexibles y duras, le daban aspecto de un delantero de *rugby*. Le parecía un hombre inteligente, pero Ransom estaba seguro de que no acabaría de entender nunca todo el horror que podía anidar allí.

—¿Saben a quién se refiere esa canción que ha ido pasando a través de las generaciones y que hoy los niños cantan? —preguntó.

—No. ¿A quién?

—¿Quién era exactamente la señora Scott? —preguntó el inspector Clarendon, mientras miraba a través de la ventana el cielo que se iba cargando de nubarrones grises.

—Ahí la tienen.

Todos miraron su retrato. No era tan perfecto como el del dormitorio, pero sin embargo, tenía mucha calidad y presidía la biblioteca con su obsesionante presencia. Los ojos parecían vivir, la boca diríase que sonreía realmente, y aquellas manos parecidas a zarpas daba la sensación de que iban a saltar del cuadro para aferrar al que las estuviese mirando.

—¿Qué pasa con esas manos? —Susurró Clarendon—. Llegan a hacerse obsesionantes…

—Sí, ¿verdad? —Preguntó a su vez Ransom—. Pero todo tiene una sencilla explicación médica. La señora Scott sufrió artrosis desde que era bastante joven, y las manos se le quedaron así. Por los retratos se nota que causaban una cierta angustia. Pero, a todo eso, no he contestado a su pregunta. Usted quiere saber quién era la señora Scott.

—Exactamente.

—Fue la que acabó de hacer esta casa. La había heredado ya de sus abuelos, pero no tenía el esplendor actual. Ella invirtió grandes sumas en rehacerla y vivió siempre encerrada aquí. Era la abuela del difunto Samuel Burns, ¿entiende? Sobre ella circula una enorme cantidad de leyendas.

Clarendon encendió un cigarrillo mientras susurraba:

—¿Qué clase de leyendas?

—Leyendas siniestras, por supuesto. Yo las conozco todas, ya que he escrito no sé cuántos libros sobre esta región. Y ahora me doy cuenta de que no les he dicho algo de gran importancia: esa canción infantil que acaban de oír se refiere a la señora Scott.

Clarendon notó que el cigarrillo resbalaba de entre sus labios. Con un hilo de voz preguntó:

—¿Qué significa eso? ¿Es que fue ella la vieja que saltó al aire?

—Sí. Se dice que estaba enamorada de un hombre que la engañaba con otra, y la señora Scott acabó con él. Lo mató con unas tijeras y le sacó los ojos, aunque la canción habla de acuchillar, sin duda porque eso de mencionar las tijeras en un verso, es muy complicado. Parece que para eso dio un salto fantástico desde una de las ventanas, cogiendo desprevenido al hombre. Los hijos de los criados, que rezaban en la capilla, fueron salpicados por unas gotas de sangre. En fin, una historia siniestra y que parece arrancada de las páginas de un viejo relato de horror, pero que sin embargo es cierta.

Cargó con cuidado su pipa y miró a través de la ventana, entre el silencio general. En efecto, iba a empezar la tormenta otra vez dentro de poco. Luego continuó:

—La señora Scott cometió ese crimen, pero no la condenaron. Revisando las actas judiciales de entonces, me he dado cuenta, una vez más, de que los nobles tenían un trato bien distinto del que recibían los plebeyos. Se consideró que, con aquella muerte, había defendido su honor, y el tribunal la sentenció a diez años de reclusión, pero en sus mismas posesiones. La señora Scott estuvo no sólo diez años encerrada aquí, sino casi veinticinco, hasta que murió. Había encontrado el gusto a esta soledad y a este silencio. Pero se siguen contando historias estremecedoras de esa época.

—¿Por ejemplo? —preguntó Clarendon, mientras aplastaba en su cenicero los restos de su cigarrillo.

—Historias de vampirismo y cosas así —dijo el doctor Ransom —. Misas negras e historias por el estilo. Que si se había bañado en sangre de niño y si había bebido sangre de muchacha virgen recién degollada. Nunca se confirmó nada, pero lo cierto es que por aquella época desaparecieron algunos niños y algunas muchachas vírgenes sin que la policía pudiera encontrar explicación alguna. El caso fue que en torno a la señora Scott se fue tejiendo una trama de

horror y que cuando murió, ningún vecino quiso acudir a su entierro. Si a esto se añade que la comarca de Cumberland ha quedado muy atrasada en esta zona y que casi todas las grandes mansiones están vacías, se comprenderá por qué la atmósfera de horror ha durado hasta hoy. El caso es que la tumba de la señora Scott no la visita nadie. Jamás pone nadie los pies a menos de diez yardas de distancia de la lápida. Es como un lugar maldito.

Hizo una pausa mirando al ingeniero Donovan y luego añadió:

—Y ahora ustedes quieren levantar esa tumba.

—Es el progreso —dijo el ingeniero Donovan—. Nadie puede oponerse a una cosa así.

—¿Pero de qué progreso hablan? ¿Qué pretenden? ¿Destruir una comarca que ha permanecido pura e incontaminada durante siglos?

—La vida moderna tiene sus exigencias —susurró el ingeniero Donovan—. La autopista que, de momento terminará en los Montes Grampianos, debe pasar por aquí, ya que ese trazado es el más conveniente. Y para no afectar a ninguna de las grandes mansiones de la comarca, alguna de las cuales tiene valor histórico, atravesará el cementerio local. Esos cementerios parroquiales ya no están en servicio desde hace más de ochenta años, por lo que sólo unos cuantos esqueletos desechos se encuentran bajo las lápidas. Hemos ido obteniendo los permisos necesarios de todas las familias, y la verdad es que no han surgido demasiados inconvenientes. Resulta una ley todo lo triste que ustedes quieran, pero los biznietos ya no se acuerdan de los bisabuelos. La gente, ante la posibilidad de cobrar una buena indemnización por *daños morales*, dice que hagan con los viejos esqueletos lo que al Gobierno le dé la gana.

Mientras encendía su pipa bien cargada, añadió:

—El único que ponía obstáculos era el viejo Samuel Burns, y por eso vine a visitarle personalmente, ya que soy el ingeniero responsable del trazado de la autopista. Me recibió muy amablemente, pues era todo un caballero, y hasta me invitó a pasar unos días en su casa mientras discutíamos. ¿Saben cuál era su principal problema? Pues las leyendas que rodeaban la tumba de la señora Scott. Me contó lo que se dice por aquí: si alguien osaba tocar la lápida, la señora Scott brotaría de bajo ella y ahogaría a los intrusos en su propia sangre. Como el viejo Burns era un hombre con mucho dinero, no aceptó ninguna indemnización, pero me

advirtió que no se hacía responsable de los accidentes que nos pudieran ocurrir. Y al final dio la autorización, puesto que no quería oponerse al progreso. El día antes de su extraña muerte habíamos firmado el acta de cesión.

Hubo otro brillo maligno en los ojos de Ransom, pero nadie lo notó porque estaba de espaldas. Mirando los cristales emplomados y sin volverse, musitó:

—Y al día siguiente empezó la venganza de la señora Scott, ¿verdad? ¿No se dan cuenta? Aquella misma noche… ¡ELLA HABÍA SALIDO DE SU TUMBA!

Se volvió. Un súbito silencio había recibido aquellas palabras agoreras. Todos miraron maquinalmente hacia la ventana, que era de donde brotaba el único sonido audible. Porque la lluvia, impulsada por el viento, se había puesto a tamborilear en los cristales otra vez.

Clarendon musitó:

—¿Por qué dice eso? ¿Por qué piensa que ha salido de su tumba?

—Porque el viejo murió por esa razón. Había visto a su abuela cruzándose en el camino. Había visto a la vieja mirándole fijamente, y no pudo resistirlo. Lassie también la vio, y Lassie no miente, pero esa muchacha no llegó a asustarse porque no sabía muy bien quién era. Por lo tanto, no hay duda… ¡de que era la señora Scott salida de su tumba! Pero hay otro dato más. Y justamente a causa de ese dato está usted ahora con nosotros, inspector Clarendon.

El hombre del Yard se pasó la lengua por los labios. Mientras le miraba fijamente, susurró:

—Supongo que se refiere al asesinato del correo de Liverpool, ¿no es así?

—¿Asesinato? Escabechina salvaje, querrá usted decir. Cuando vi el cadáver de Thompson sentí que el mundo entero daba vueltas en torno a mi cabeza. ¡Dios santo…!, ¿pero es posible que no lo hayan comprendido aún? ¿No recuerdan la canción?

Y se puso a tararearla:

… Y la vieja saltó al aire
y a su amante acuchilló.
Y a los niños que rezaban

la sangre les salpicó.

—La vieja tuvo que saltar desde el tren para escaparse —dijo después—. Y si me preguntan cómo sé que era una vieja, les respondo: porque todo el mundo la vio. Se presentó en la estación de Maybone, la que está antes de Marmedoor, y dijo al jefe de estación que ella, yendo en el coche, había visto parte de la vía con un deslizamiento causado por la lluvia. Al jefe de estación le impresionó, no sólo la edad indefinida de aquella mujer, sino sus ropas absolutamente pasadas de moda y sobre todo, su palidez mortuoria. Dice que nunca más la olvidará. Pero aún exponiéndose a que fuera una chiflada, él había de tener en cuenta aquella denuncia, de modo que avisó a Marmedoor para que el convoy fuese detenido y se confirmara la noticia o no. La extraña mujer dio las gracias y se despidió inmediatamente.

Tras dar un par de rápidas chupadas a su pipa, que se estaba apagando, continuó:

—No hay duda de que llevaba en efecto un coche, porque llegó a Marmedoor antes que el tren. No es extraño, ya que se traía de un correo y además la carretera es mucho más recta que la vía férrea. Sabía que el convoy iba a detenerse allí, de modo que pudo subir al vagón en que iba Thompson. ¿Por qué? Pues, sencillamente, para hacer esa cosa horrible que hizo. Thompson era el ingeniero jefe de la autopista y el delegado del Gobierno, de modo que se le podía considerar como alto responsable del aniquilamiento de ese cementerio. Y ya ven lo que ha ocurrido… ¡la señora Scott lo destrozó! ¡Lo aniquiló como un siglo antes había aniquilado a su amante!

Aquella voz vibrante, densa, quedó flotando en la habitación como una amenaza. El inspector Clarendon susurró:

—Pero admitiendo lo absurdo de esa situación, ¿cómo explica que una mujer muerta hace cien años resucite sabiendo conducir?

—Es sencillo —contestó Ransom, con voz agorera—. Los muertos lo saben todo. ¿O qué cree? ¿Que la vida termina cuando cerramos los ojos? ¿Que no sentimos ni sufrimos? ¿Que no aprendemos nada?

Clarendon apretó los labios, pero no contestó. Sólo le quedaba una prueba por realizar, y él tenía la mayor confianza en que iba a resolverse negativamente. Por el contrario, si todo aquello resultaba

positivo tenía la sensación de que iba a volverse loco.

Y el momento llegó antes de lo que esperaba. Un policeman que montaba guardia a la entrada de la biblioteca entró susurrando:

—El jefe de la estación de Maybone ha llegado, inspector. Pide permiso para ser recibido.

—Por supuesto —dijo Clarendon—; que entre inmediatamente.

Un hombre de mediana edad, temeroso y aturdido, pasó a la biblioteca. Llevaba un uniforme color azul marino y con las manos daba vueltas nerviosamente a su gorra. Miró a Clarendon.

—Usted dijo que quería verme, inspector —musitó.

—Sí, y únicamente quiero hacerle una pregunta.

—¿Cuál?

—Mire este retrato. ¿Reconoce a la mujer que está pintada en él?

Aquel hombre desvió la mirada, y entonces Clarendon se dio cuenta de que no necesitaba la respuesta. Porque aquel pobre tipo estuvo a punto de caer redondo al suelo. Porque se tambaleó. Porque no necesitó decir que la mujer del cuadro que tenía delante era la que había estado hablando con él en la estación de Maybone.

Mientras sus rodillas vacilaban y le costaba mantenerse en pie, susurró:

—Era ella…

CAPÍTULO IV

Clarendon fue a visitar la lápida que cubría desde cien años antes los restos de la señora Scott. Lo hizo en solitario, en plena noche, a la luz de una antorcha, mientras una niebla espesa llegaba del río y lo iba cubriendo todo.

No se veía apenas a diez pasos. El ambiente llegaba a ser opresivo. Clarendon nunca había sentido el miedo, pero esta vez notó que un escalofrío subía lentamente desde su cintura hasta su nuca.

Miró la lápida.

Las letras ya estaban casi desgastadas e ilegibles. El tiempo se había abatido sobre aquella tumba y la había llenado de olvido. Entre las otras lápidas, los mausoleos y las cruces se elevaban los hierbajos que casi lo tapaban todo. Si había un cementerio verdaderamente olvidado en el mundo, era aquél en el que acababa de meterse. No había en él un solo ramo de flores, una sola luz, ni se apreciaba la menor huella de una pisada humana.

Clarendon dejó que la antorcha brillara por encima de su cabeza, mientras la niebla lo iba envolviendo todo y sus ojos parecían obsesionarse con aquel pedazo de mármol donde había un solo nombre. Sus pensamientos le trajeron cien leyendas malditas, cien cosas que había oído contar y que estaban relacionadas con aquel cementerio. No en vano la señora Scott había tenido fama de vampiro y de bruja.

De repente le pareció oír aquel sonido a su espalda.

Todos sus nervios se tensaron, pero no se volvió. Tuvo la suficiente serenidad para permanecer quieto, como si no hubiese oído nada, mientras esperaba que el sonido se repitiese. Y ahora lo notó a su izquierda cuando antes lo había notado a su derecha.

Se volvió de pronto.

La luz de la antorcha trazó un giro alucinante en aquel universo de horror donde no imperaban más que las sombras.

Vio que algo escapaba.

Clarendon lanzó la antorcha hacia allí.

Al mismo tiempo todo su cuerpo salió despedido en un salto felino, alcanzando a la figura que escapaba y haciéndola rodar por el suelo.

Notó unas formas redondeadas y no demasiado duras. Notó que sujetaba un pelo largo. Se dio cuenta de que alguien lanzaba un gemido con voz femenina.

Clarendon pudo sujetar la antorcha antes de que la llama prendiera en las altas hierbas y miró a la mujer a la que acababa de derribar. Se encontró con aquella cara ovalada, suave, casi perfecta, con aquellos ojos muy grandes y con aquella piel fina, pero en la que los años empezaban a hacer sus primeros estragos. Porque, en efecto, la mujer que ahora estaba junto a él pasaba ya de los treinta y cinco, aunque había sido una belleza y seguía siendo muy bonita.

—Eli… —musitó.

Eli, contracción de Elizabeth, se puso en pie mientras se alisaba con un gesto maquinal el pelo que le había caído sobre la frente. Llevaba un vestido bastante ceñido y una falda muy corta, de modo que Clarendon tuvo bastantes cosas que ver. Lástima que las estuviese viendo en un cementerio.

—¿Qué hacía aquí? —preguntó él—. ¿Por qué me ha seguido?

Eli se mordió el labio inferior, mientras susurraba:

—Quería saber lo que hacía… Todos en la casa, tenemos miedo y… ¿cómo explicarlo? Todos queremos enterarnos de lo que está ocurriendo en torno nuestro. En pocas palabras, todos necesitamos saber.

Se notaba que estaba asustada, excitada, nerviosa. Clarendon casi sintió compasión por aquella mujer que siempre había sido una de las víctimas del sistema de vida que imperaba en Paladian Manor.

—Siento haberla derribado —dijo él al fin, mientras se encogía de hombros—, pero reconozca que en un sitio así no resulta nada tranquilizador oír ruidos a la espalda. ¿Le he hecho daño? ¿Se siente bien?

—Sí, gracias, no me ocurre nada.

—Entonces será mejor que volvamos.

Ella se estremeció. La niebla les envolvía de tal manera, que apenas se veían uno al otro. Clarendon tuvo una brusca sensación de frío. Se daba cuenta también de que alguien podía estar acechándoles y de que él era perfectamente visible gracias a la antorcha, mientras en cambio no podía distinguir nada a tres pasos. Deseó vivamente salir de allí.

Eli susurró:

—Espero que por esto no me considere una mujer anormal. Ya le he dicho que, sencillamente, quería saber lo que pasaba en la casa.

Clarendon apretó los labios, mientras ambos caminaban por el sendero que llevaba a Paladian Manor.

—Usted era sobrina del viejo Samuel, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Era su sobrina más joven. Mis padres ya murieron hace años y yo me crié junto a él, de modo que apenas he salido de Paladian Manor.

—Pues su muerte le ha beneficiado, ¿no? Puede decirse que acaba de heredar usted una bonita fortuna.

La mujer no se ofendió, pese a saber que aquello la transformaba en una sospechosa. Simplemente se encogió de hombros mientras decía:

—Todos los que piensen eso, están en un error. Le bastará una visita al notario de la localidad para saber que mis padres fueron desheredados, ya que mi madre pertenecía a la rama familiar, pero mi padre no. Mi padre era un leñador que la dejó embarazada sin casarse con ella. Esas cosas, en la sociedad de hace treinta y cinco años y en la aristocracia a que pertenecemos, tenían una gran importancia. Pero mamá siguió tan enamorada de él que se escaparon juntos y murieron juntos también en un accidente de coche. Él abuelo, jefe de la familia, jamás perdonó, tampoco, a la hija que sacaron *post mortem* del cadáver, haciéndole una cesárea. Yo nací, cuando mi madre ya estaba muerta. Por supuesto que me recogieron en Paladian Manor, pero siempre fui tratada como una especie de ciudadana de segunda clase.

—Ya estaba enterada de eso —dijo Clarendon—. Al llegar aquí me he tenido que informar un poco sobre las vidas de todos ustedes, ¿comprende? Pero creí que aquel viejo problema no afectaba a los derechos hereditarios de usted.

—Claro que los afecta. Al quedar desheredada mi madre, a mí no se me han transmitido derechos. Pero puede que el jefe de la familia me hubiese perdonado de no haber sucedido hace unos cinco años lo de Trevor.

—Oí mencionar ese asunto también —murmuró Clarendon.

—¿Usted sabe quién es Trevor?

—Sé que está cumpliendo condena de diez años en Manchester.

—¿Y sabe por qué?

—Un robo y dos asesinatos que no se le pudieron probar. De lo contrario habría sido condenado a muerte.

—Sí —dijo Eli, con voz ahogada—. Ni las joyas robadas, por valor de tres millones de libras, ni las pruebas de los asesinatos, aparecieron jamás. Yo estoy convencida de que Trevor nada tuvo que ver con eso y también quedaron convencidos los del jurado, ya que únicamente le condenaron por allanamiento de morada y por tenencia ilícita de armas, puesto que cuando lo detuvieron, tenía un revólver que no fue utilizado en los crímenes. Dados sus antecedentes, le impusieron las penas en su grado máximo, pero dentro de dos meses va a salir, por buena conducta. Le conceden la libertad condicional cuando apenas ha cumplido la mitad de la pena.

—¿Qué relaciones le unían a usted con Trevor, Eli?

—Estaba enamorada de él.

—¿Hubo entre ustedes relaciones íntimas? —se atrevió a preguntar Donovan.

—Sí —contestó ella con absoluta franqueza.

—Y supongo que el viejo Samuel pensó que era usted como su madre; es decir, una corrompida.

—Naturalmente. Y ésa fue la razón de que no se volviera atrás en lo de desheredarme; por eso su muerte no me beneficia en nada.

Estaban ya en las cercanías de Paladian Manor y la niebla había disminuido. Por eso Clarendon apagó la antorcha.

La mujer caminaba a su lado con timidez, casi como un perrillo. Y de hecho había sido un perrillo toda su vida. Admitida en la casa por caridad, siempre había tenido que oír que su madre fue una especie de prostituta barata. Y ella misma, por una vez que se enamoró, se había enamorado de un delincuente. La verdad era que pocas veces se habían dado tantas circunstancias para arruinar la

vida de una mujer, pese a 10 cual ella nunca se quejaba. Por el contrario, aún había veces en que, sorprendentemente, brillaba en sus ojos la alegría de vivir.

—¿De quién va a ser ahora Paladian Manor? —preguntó el hombre de Scotland Yard.

—No lo sé exactamente. Supongo que los sobrinos que viven en Londres se quedarán algo. A mí también me corresponden unas cuantas cosas, pero no muchas. Lo restante pasará al Estado. Es posible que la mansión se convierta en un museo.

—Es su destino más apropiado, después de todo —musitó el detective—. Y ahora voy a hacerle una pregunta delicada, Eli, y espero que me la conteste: ¿sigue usted enamorada de ese presidiario?

—No. Rotundamente no.

La voz había sido firme y seca.

—¿Los años la han hecho reflexionar? —preguntó Clarendon.

—Sí. Me di cuenta de que había sido una especie de sueño de verano, una estupidez de mujer que ve que la juventud se le va marchando, y que se deja seducir por una sonrisa picara y por unos brazos potentes. Pero de eso me he dado cuenta, no ahora, sino en el mismo momento en que Trevor compareció ante el tribunal. Pese a que creo en su inocencia, eso no me impidió darme cuenta de que se trataba de un hombre que iba encaminado hacia el mal. Jamás le he escrito ni le he visitado. Si no me cree, puede consultar los antecedentes en la prisión de Liverpool, donde lo anotan todo, hasta la más insignificante carta.

—¡No, por Dios, Eli! No es necesario.

—Lo digo porque hay gente que cree que voy a recibir a Trevor con los brazos abiertos en cuanto salga y que incluso estoy dispuesta a mantenerle. Me he enterado de que algunos servidores de Paladian Manor hasta han cruzado apuestas. ¡Absurdo! Si se acerca a la casa, yo le recibiré bien porque quiero ser una persona educada, pero nada más que eso. Lo de Trevor y lo mío ha muerto para siempre.

Había hablado con firmeza; con determinación. Clarendon se dio cuenta de que la mujer estaba diciendo la verdad. Pero como aquel tema, en realidad, no le interesaba demasiado, lo olvidó apenas traspusieron de nuevo el umbral de Paladian Manor. Por él, Trevor

y todos los de su clase se podían ir al infierno a acostarse con quien les diera la gana. Era asunto suyo.

Fue entonces ella la que le miró fijamente.

En sus ojos brillaba una chispita negra.

—¿Por qué ha ido al cementerio? —preguntó—. ¿Qué esperaba encontrar allí?

—No lo sé.

—¿Quiere que le diga una cosa, inspector?

—Claro que sí. Dígala.

—Usted cree, también, que la señora Scott ha salido de su tumba.

La voz silbante y fría atravesó a Clarendon como una puñalada. En la oscuridad de aquel lugar, entre la niebla, las palabras adquirían una significación distinta. Y Clarendon se dio cuenta con sorpresa de que tal vez sí que había creído por un momento en aquella resurrección. Tal vez sí que había creído en aquella leyenda maldita. Porque de lo contrario, ¿a qué hubiese ido al cementerio?

Lo curioso era que ni él mismo se había dado cuenta de lo que aquella excursión nocturna significaba. De pronto, sus convicciones más profundas empezaron a vacilar y se dio cuenta de que tal vez era cierto eso de que acabaría creyendo en los malos espíritus como un poseído.

Ella seguía mirándole fijamente, muy fijamente, mientras mantenía en sus ojos aquella extraña chispita negra.

—Convénzales —musitó—. Usted tiene un cierto poder, después de todo. Es usted el que debe hacerlo.

—¿Convencerles de qué? ¿Y a quién?

—A esos ingenieros del infierno, a esos que lo arrasan todo. Dígales que no continúen con la idea de destrozar el cementerio y levantar la tumba de la señora Scott. Ya han sucedido algunas cosas, pero eso no es nada en comparación con lo que va a suceder. Si se molesta en repasar las viejas historias de la comarca, averiguará hasta qué punto la venganza de esa mujer puede ser terrible.

—Habla usted como Ransom —dijo Clarendon.

—¿Qué le pasa a Ransom?

—Siempre habla de viejas leyendas…

—Pues parece mentira que no sepa la razón, inspector. Él es

médico, pero es también doctor en Teología y pasó bastantes años en un seminario de Londres. Allí estudió los exorcismos y es, por lo tanto, un hombre que cree en el diablo y en los poderes maléficos. Siendo así, ¿cómo no va a creer en las historias de vampirismo y de brujería que se atribuyen a la señora Scott? ¡Naturalmente que cree en ellas! Y todo el día dice que debemos terminar con esta pesadilla y dejar en paz a los muertos de esta comarca. Hable con él y oirá lo que le cuenta. Se le van a estremecer hasta los huesos.

Clarendon no necesitaba que se lo dijeran, porque más de un vez se había estremecido ya, pero se dio cuenta de que la mujer hablaba con apasionamiento, con ansia. Se dio cuenta de que ella, no solamente estaba convencida de lo que decía, sino que, además, tenía verdadero miedo.

—Me temo que el asunto sea ya imparable —dijo al cabo de unos instantes de silencio—. Lo malo es que esos trámites de las autopistas no se llevan desde aquí, sino desde Londres, y en los despachos de la City no creen en brujerías. Claro que si muriese Donovan, el encargado de la demolición del cementerio, las cosas podrían retrasarse. Pero supongo que Donovan no morirá.

Eli alzó la cabeza. En sus ojos volvía a brillar otra vez aquella incomprensible chispita negra.

—¿Por qué no ha de morir? —preguntó.

—Pues… pues porque es joven, tiene buena salud y…

—También Thompson tenía buena salud cuando tomó el correo de Liverpool, pero la señora Scott lo asesinó… ¡como asesinará a Donovan!

Clarendon se estremeció. No sabía lo que tenía aquella voz, pero se le metía hasta el fondo de los nervios. Para disimular su turbación, se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió.

—Basta de creer en esos absurdos de la señora Scott —dijo fijamente—. Todos esos crímenes son obra de un maniático y nada más. En fin… he hablado de crímenes y sólo se ha cometido uno realmente. La muerte del viejo Samuel fue simplemente un fallo cardíaco que puede tener cualquiera.

—No fue un fallo cardíaco y usted lo sabe. ES QUE VIO A LA SEÑORA SCOTT. La vio, realmente, como también la vio Lassie. Y ahora quiero que me diga si Lassie miente. Esa chiquilla ha sido siempre incapaz de mentir.

Clarendon hizo un gesto afirmativo, mientras pensaba que Eli tenía razón. En cierto modo, Lassie era la inocencia y la fidelidad personificada. No mentiría en una cosa así. Por otra parte, Lassie había querido sinceramente al viejo Samuel Burns, puesto que en su triste vida de huérfana ningún otro hombre la había protegido. No, la chica no había dicho ninguna falsedad.

Pero entonces, ¿qué?…

Clarendon movió la cabeza con pesimismo.

—Vamos —dijo al fin—, no hay necesidad de seguir hablando de esas tonterías. Nadie más va a morir.

Y entró en Paladian Manor con gesto decidido, pero la verdad era que él no se sentía seguro de nada. Algo le estaba diciendo que detrás de aquellos muros seculares acechaba la muerte.

Una muerte que había vuelto a salir de su tumba después de cien años…

CAPÍTULO V

Donovan entró en el gran salón, encendió un cigarrillo y paseó una mirada complacida por las estanterías llenas de libros y por las dos mesas de roble cubiertas de bandejas de plata, vasos de Bohemia y botellas de grandes marcas. Le apetecía echar un trago y fue a una de las mesas en busca de una botella de auténtico «Napoleón» y una panzuda copa. Pero en aquel momento la señora Sorensen, el ama de llaves, entró por la puerta del lado contrario.

—¿Va a beber algo, señor? —preguntó.

La señora Sorensen llevaba más de treinta años allí y conocía al dedillo todos los detalles de la casa. Era un ama de llaves perfectamente británica, eficaz y distinguida, silenciosa y discreta. Le hubiese parecido inconcebible que alguien se sirviera una copa por sí mismo, estando ella allí para servirla.

Por eso siguió la mirada de Donovan y fue antes que él hacia la mesa. Tomó la botella de «Napoleón» y la miró.

—No es la mejor que tenemos —dijo.

—¿No?

—Hay otra muy antigua. Tiene justamente cien años.

—¿Y pretende que yo beba una reliquia semejante? El valor de una botella así es inapreciable. ¿Sabe que en una subasta de Sotheby's se pagaría por ella una fortuna? No, no puedo consentir que la abra.

—Es que debe abrirse hoy —dijo la señora Sorensen con un tono especial de voz.

—¿Por qué?

—Porque acabo de recordarlo.

—¿Qué es lo que ha recordado usted, señora Sorensen?

—La orden de la señora Scott.

Donovan no supo por qué, pero sintió que se le erizaban,

bruscamente, los pelos de su nuca. El ingeniero estatal que estaba encargado de la demolición del viejo cementerio, notó que, por un momento, vacilaban sus rodillas. Pero al instante se rehízo y dijo con voz natural:

—¿Qué orden pudo dar la señora Scott? Usted no llegó a conocerla ni de lejos. Cuando los padres de usted no habían ni siquiera nacido, ella ya estaba muerta.

—Cierto, pero la orden está escrita y existe. Lo dispuso en una especie de memoria testamentaria que hizo, y que el señor Samuel Burns me había leído bastantes veces. No hay duda de que el señor Burns hubiese cumplido gustosamente la orden, pero por desgracia ya no está aquí para hacerlo.

—¿Qué… qué orden?

—La señora Scott había comprado esa botella de «Napoleón» en un viaje a París, y la guardaba celosamente en las bodegas de Paladian Manor. Por uno de esos caprichos que tienen a veces las mujeres ricas, decidió que la botella no se descorchase hasta cien años justos después del día de su muerte, y que la bebieran en paz los que ese día estuviesen en el castillo.

—¿No es una broma, señora Sorensen?

Ella le miró, ofendida, desde su lejana dignidad de mujer que conocía bien todos los secretos de la casa.

—Yo no me rebajo a mentir, señor Donovan —dijo.

—Claro… ¡ejem!… ciertamente, con eso de las botellas antiguas siempre se dan caprichos extraños. Sin órdenes como las de la señora Scott, no habría tampoco botellas de gran edad, eso es cierto. ¿Pero por qué precisamente hoy?

—Porque hoy hace cien años, señor Donovan.

—¿Qué?

—Hoy hace cien años.

Él tensó el cuello y sintió otra vez frío en la boca del estómago, mientras farfullaba:

—Pu… ¡pues vaya aniversario! Está bien, vaya a buscarla, señora Sorensen. También tengo curiosidad por conocer a qué sabe un coñac que tiene cien años.

—Si el corcho no era bueno, se habrá estropeado —dijo el ama de llaves mientras salía—. La edad no es una garantía, a veces.

Y Donovan quedó solo.

Miró otra vez las estanterías llenas de libros.

Las mesas cargadas de botellas.

Respiró aquel silencio.

Y le pareció que un raro cosquilleo empezaba a apoderarse de sus nervios. Tuvo la sensación de que sentía algo que no había sentido desde sus días de niño.

Y aquel algo tenía un nombre.

MIEDO.

Pero intentó calmarse. Dejó en un cenicero los restos de su cigarrillo y se puso a mirar los viejos cuadros. Luego tomó asiento en uno de los lugares más cómodos de la inmensa sala mientras pensaba que, al fin y al cabo, no se estaba tan mal allí, en una vieja mansión inglesa, con un ama de llaves que iba a servirle un coñac de más de cien años…

De pronto se apagaron las luces.

Las tinieblas lo llenaron todo.

Donovan lanzó un respingo, pero se estuvo quieto. No se hubiera atrevido a dar dos pasos por miedo a tropezar. Sintió que se le contraía la garganta al notar que aquella especie de oscuridad viscosa se le pegaba al cuerpo.

De pronto tuvo la sensación de que no estaba solo.

Alguien había entrado.

Sí, era cierto. ¡Alguien más estaba allí!

Donovan musitó:

—Señora Sorensen…

Una voz que parecía llegar de muy lejos dijo:

—Sí.

—Se han apagado las luces, ¿eh?

—Sí.

—Lo siento, no habrá encontrado el coñac.

—Lo he encontrado. Se lo traigo.

—¡Ah, gracias!, señora Sorensen.

El ama de llaves debía verle en la oscuridad, aunque él no veía apenas nada. Sólo el débil contorno de unas severas ropas de mujer. Por el brillo metálico notó que le habían puesto delante una bandeja de plata con una copa.

—Gracias —dijo—. ¿La copa está caliente?

—Sí.

Él la alzó y olió el contenido. El aroma era perfecto. Una especie de efluvio mágico le envolvió.

Sorbió un trago.

—Delicioso… —dijo—. Fantástico.

Pero no le contestaron. Ya no había nadie allí. Donovan suspiró satisfecho, elogiando la discreción del ama de llaves, mientras se disponía a beber otro trago.

Y entonces las luces se encendieron.

Fue como un estallido.

Donovan se vio con la panzuda copa en las manos y lo encontró todo en perfecto orden. Volvió entonces los ojos hacia la puerta y vio entrar a la señora Sorensen.

—Lo siento, señor Donovan —dijo ella—, pero se ha ido la luz por unos momentos. Además, no he encontrado el coñac.

—¿Qué dice?

—Que no he encontrado el coñac, señor Donovan. Alguien se lo había llevado antes, y es muy extraño, porque… porque…

Donovan sintió que se le helaba la sangre, pero pudo musitar:

—¿Por qué?

—El paradero de esa botella sólo lo conocíamos tres personas.

—¿Qué tres personas?

—Pues… desde luego yo, que soy el ama de llaves. El señor Samuel Burns, que ya está muerto. Y… y por descontado que también la señora Scott.

Donovan notó que un temblor glacial le llegaba hasta las puntas de los dedos. Mientras intentaba desesperadamente no ponerse a gritar, musitó:

—¿Ha dicho la señora Scott?

—Sí, señor Donovan.

Él señaló la botella que estaba al lado de la bandeja, sobre la mesa. Era una botella tan cubierta de telarañas y de polvo, que hubiese servido para el anuncio de una bodega venerable. Los ojos de la señora Sorensen no se habían posado en ella aún, pero de pronto la vieron. Y de sus labios solamente escapó, con un hilo de voz, aquella exclamación patética:

—Dios mío…

—¿Es ésta la botella? —balbució Donovan.

—Sí.

—¿Y usted ha estado fuera todo este tiempo?

—Sí.

—Pues entonces —balbució Donovan, sintiendo que se atragantaba—, ¿quién infiernos es la mujer que me ha servido la copa?…

CAPÍTULO VI

¡AAAAAAAAGGGGGGG!

El aullido sonó en toda la inmensa casa, resbaló sobre las viejas almenas y acabó perdiéndose en la noche como una premonición de muerte.

Era igual que si las mismas tinieblas gritaran. Igual que si los fantasmas de todos los antepasados se hubieran puesto a aullar.

Clarendon oyó aquel grito y le pareció que llegaba de uno de los rincones de la biblioteca. Fue a toda velocidad hacia allí. Después del extraño apagón que había sufrido la casa, le parecía que las habitaciones restallaban de luz. Tuvo incluso una rara sensación de deslumbramiento y tropezó.

De pronto se encontró ante aquella extraña escena. La señora Sorensen estaba tendida en el suelo, mientras Donovan se había inclinado sobre ella y le auscultaba el corazón. Pero Donovan estaba tan pálido que parecía como si fuera él quien tuviese necesidad de que le auscultaran.

—¿Qué ha pasado? —Barbotó el detective—. ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

Donovan señaló la viejísima botella de coñac, pero Clarendon no notó nada extraño en ella, excepto su venerable aspecto. Acercándose a la mujer caída, murmuró:

—¿Es ella la que ha chillado?

—Sí —dijo Donovan.

—¿Por qué?

—Lo milagroso es que no haya chillado yo también —susurró el ingeniero—. No puedo más. Le juro que no puedo más…

Y explicó lo que había ocurrido. Mientras tanto, Clarendon auscultaba a la señora Sorensen y se convencía de que no había sufrido más que un desvanecimiento, pero las palabras que iban

llegando a sus oídos hicieron que sintiese frío hasta en la médula de sus huesos.

Un sudor que también era helado invadía sus sienes.

Donovan susurró al fin:

—Ahora ya lo sabe. Tenía que ser la señora Scott.

—¿Se da cuenta de lo que dice? —musitó Clarendon.

—Me doy cuenta de que solamente ella conocía el paradero de esa botella, aparte de Burns y la señora Sorensen, pero Burns está muerto y la señora Sorensen se encontraba en otro sitio. Cuando fue a buscar la botella, ya no la vio. Eso significaba una sola cosa, inspector, y no me la haga repetir. Creo que no tengo fuerzas para volver a pronunciar esas palabras.

Clarendon ayudó a sentarse a la señora Sorensen, que se iba reanimando. Luego alzó un poco la botella de «Napoleón» y se convenció de que, en efecto, era antigua de verdad. La fecha de la cosecha estaba allí y era auténtica: «1868». La botella tenía, pues, más de cien años. Era una de esas reliquias que sólo pueden encontrarse en los lujosos castillos de otro tiempo, pero ahora significaba algo más. Significaba el paso de la muerte.

La señora Sorensen se había puesto a gemir. En aquel momento entró Lassie, que también debía haberse sentido atraída por el grito, pero que en el momento de sonar éste se encontraba más lejos. Por eso había tardado tanto.

—¿Qué ha pasado? —balbució.

Clarendon no contestó, y se limitó a mirarla fijamente. Había algo en Lassie que le inquietaba, que le turbaba, y no sabía por qué. ¿Era su belleza juvenil, que le estallaba por todos los poros de la piel? ¿Era el hecho de que ella había visto a la señora Scott? ¿O tal vez que conocía todos los rincones de la casa y aparecía en éstos con el silencio de un fantasma? ¿Qué había, realmente, en ella?

—¿Puedes ayudarme a llevar a la señora Sorensen a su habitación? —preguntó él—. No sé dónde está.

—En el lado oeste de la casa. Claro que puedo ayudarle.

—Entonces vamos.

Dejaron al ama de llaves en su cama y la encerraron. La mujer gemía entrecortadamente. Estaba tan dominada por el miedo que se negaba a abrir los ojos, como si temiera que al abrirlos se fuese a encontrar con la propia señora Scott. Y era evidente que no fingía,

puesto que todo su cuerpo estaba recorrido por estremecimientos convulsos.

Lassie murmuró en el silencio del pasillo:

—Por favor… ¿qué ha ocurrido, realmente?

—Algo que no tiene ningún sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Yo diría que la propia señora Scott ha servido al ingeniero Donovan una copa de un viejísimo coñac que ella guardaba desde bastantes años antes de su muerte.

Lassie también había palidecido terriblemente. Se estremeció y se encogió sobre sí misma, apretándose contra el ángulo de la pared como si buscara protección en ella.

También estaba aterrorizada. Clarendon tuvo, incluso, la sensación de que iba a caer, y por eso la sostuvo maquinalmente con sus brazos.

—Lassie —musitó—, ¿crees tú en eso?

—Yo… yo llegué a verla.

—¿Pero sabes cómo era la señora Scott?

—Claro que lo sé. Hay varios retratos suyos en la casa.

—¿Y era ella? ¿Estás segura?

—La vi un momento, pero… pero la prueba está en el pobre señor Burns. Él sí que la conocía bien… Y cuando llegó a tenerla tan cerca no pudo resistirlo…

Clarendon desvió la mirada. Sí, era cierto lo que ella decía, pero al propio tiempo se negaba a creer en aquellas evidencias. Cuando admitiese que una mujer salía de su tumba después de cien años, ya podría pedir que lo encerrasen en un manicomio.

—Hoy, además, es el aniversario —dijo Lassie.

—Lo sé. Me lo han contado.

—Entonces guárdese, inspector. Y haga que se guarden bien todos los que esta noche estén en la casa…

—¿Por qué? ¿Es que flota alguna promesa macabra alrededor de esta fecha? ¿Es que tú sabes algo más?

Lassie negó con la cabeza tenazmente.

—No —bisbiseó—, pero la señora Scott está aquí. Está entre nosotros… Vigile bien, Clarendon, porque ella está aquí. *¡Ella nos atacará!* ¡Nos está espiando y puede que ataque esta misma noche!

Lassie había sufrido un acceso de horror. Hasta entonces había

mantenido el equilibrio de sus nervios, pero ahora lo estaba perdiendo. Bruscamente se lanzó casi sobre Clarendon, como si buscara protección en él.

Y Clarendon la tuvo tan cerca, que notó el *tac-tac* acelerado de su corazón, pero también notó otras cosas. Por ejemplo la dureza singular de sus senos. La turgencia de sus formas. El perfume de su piel.

Se dio cuenta de lo endiabladamente bonita que Lassie era y se dio cuenta también de que se había convertido en una mujer, pese a que allí todos la hubieran considerado siempre como un niña. El propio Clarendon le llevaba pocos años, puesto que él sólo tenía veinticinco, pero desde que llegó a Paladian Manor la había considerado una chiquilla sin saber bien por qué. Tal vez porque el viejo Burns la había tenido siempre así, como una niña. Ahora se daba cuenta de su error.

Lassie musitó:

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te miraba?

—No sé decirte. De una forma extraña…

—Quizá es que descubro en ti un nuevo aspecto que antes no había descubierto —dijo confusamente Clarendon—, pero no tiene importancia. Estábamos hablando de si sabes algo que hasta ahora no hayas dicho.

—¿Sobre la señora Scott?

—Sí. Quizá el viejo Burns te había hablado de ella a veces, aunque realmente no llegase a conocerla, puesto que la señora Scott estaba ya muerta mucho antes de que él naciera. Dime: ¿solía recordarla? ¿Te hablaba de ella a veces?

—Claro que me hablaba… —La voz de la muchacha se había convertido de nuevo en una voz débil y trémula—. Estaba obsesionado por la historia de esa antepasada suya y por los horrores que se contaban acerca de la época en que ella vivió. También creía a pies juntillas en que un día habría de salir de su tumba. Claro que otras veces se reía y decía que todo eso eran estupideces. Sin embargo yo creo que él esperaba ver algún día a la señora Scott. Cuando ella se le apareció, el señor Burns tuvo miedo, un miedo terrible, pero sin embargo pienso que no, tuvo ninguna

sorpresa.

—¿Dices que *se apareció*? ¿Tan segura estás de eso?

—Pues claro que estoy segura. ¿Con qué palabras se lo puedo decir?

Clarendon hizo un gesto de impotencia, mientras se daba cuenta de que no apartaría a la muchacha de aquella convicción. Todo lo que le rodeaba, todas las voces y todas las palabras hablaban de que la señora Scott había vuelto a la vida.

—Tenga cuidado —repitió ella como en una oración—. Por Dios, no lo olvide.

Y desapareció entre las sombras.

Como si se la hubiera tragado la noche.

Clarendon masculló:

—¡Eh! ¡Oye!

Pero ya no encontró más respuesta que el eco de su propia voz.

Mientras se pellizcaba la mandíbula con un leve estremecimiento, masculló:

—¡Diablos!...

* * *

Donovan se había refugiado en su habitación y la había cerrado con llave desde dentro. Allí volvía a rodearle otra vez la sensación de su propia seguridad, después del trago infernal que acababa de soportar. Estaba seguro de que en aquel recinto hermético no podía ocurrirle absolutamente nada.

Siempre, desde que era un niño, le había dominado la sensación del miedo cuando no tenía las espaldas bien guardadas. Por eso ahora, para sentirse del todo seguro, necesitaba apoyar la nuca en la pared, sabiendo que por detrás no podía venirle ningún peligro. Y eso le proporcionaba una sensación de tranquilidad y de seguridad en sí mismo que le iba relajando los nervios, poco a poco.

En aquella habitación —lo pensó por centésima vez— era completamente imposible que le atacasen. En primer lugar, la puerta que tenía delante de los ojos estaba cerrada con llave. Era una puerta sólida a toda prueba, de cinco dedos de grueso, que no hubiera podido ser hundida ni con una catapulta.

Los muebles también eran sólidos y no servían de escondite para nadie. Podía sentirse perfectamente tranquilo. En cierto modo lo de

aquella copa de coñac que, al parecer, le había ofrecido la propia, señora Scott, le iba pareciendo, sencillamente, un mal sueño.

Empezó a adormilarse, y el silencio que le rodeaba le fue produciendo el efecto de un somnífero. Cerró los ojos mientras le iba invadiendo una gran paz. Sus manos se apoyaron en los brazos del sillón, en tanto una dulce sensación de bienestar le iba dominando.

No supo cuánto tiempo había pasado así.

De pronto, abrió los ojos.

Había tenido una sensación muy extraña.

La de que alguien LE ESTABA MIRANDO.

Con expresión aturdida, miró en torno suyo, pero no pudo ver nada que le llamara la atención. Todo seguía en orden y tan apacible como siempre. Incluso los restos del cigarrillo aún despedían un humo azulado en el cenicero, lo cual indicaba que apenas había estado con los ojos cerrados un par de minutos.

Pero, sin embargo, aquella sensación le dominaba. No podía evitarla. SABÍA QUE ALGUIEN LE ESTABA MIRANDO.

Sintiendo que los nervios le abandonaban, Donovan murmuró:

—¿Quién está ahí? ¿Qué pasa? ¿Quién ha entrado en la habitación?

Sólo el silencio le respondió.

Donovan se pasó los dedos por los ojos mientras pensaba que todo aquello era absurdo. Se estaba volviendo loco. En aquella habitación no había nadie porque era imposible que hubiese nadie. Imposible…

Sin embargo no se sentía tranquilo, puesto que un nuevo pensamiento había venido a estremecerle. Quizá en el viejo Paladian Manor había entradas secretas. Quizá había, al menos, rendijas desde las cuales unos ojos podían espiarle.

Sus dedos temblaron.

Pero allí estaba el teléfono con el que podía comunicar con cualquier habitación de la casa. En eso al menos, Paladian Manor era un sitio moderno. Descolgó y marcó el número de la biblioteca, porque supuso que Clarendon, el hombre de Scotland Yard, estaría a esa hora, allí.

Quería preguntarle si existían, en las habitaciones, mirillas o puertas secretas. Posiblemente él se habría ocupado de averiguar

eso.

Le respondió una voz desconocida.

Era una voz profunda, lejana; una voz que parecía surgir del fondo mismo del tiempo. No se sabía qué había en ella, pero era una voz que causaba un estremecimiento. Diríase que surgía del fondo de una garganta que no existía. Diríase que las palabras las pronunciaba alguien que estaba fuera de este mundo, en las remotas sombras de la noche. Alguien que estaba ya oculto tras los recovecos infinitos del tiempo.

—¿Con quién quiere hablar? —preguntó aquella voz.

—Con el inspector Clarendon.

—Lo siento, pero no está.

Donovan sintió que se le crispaba la garganta.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—¿No lo sabe?

—Nunca… había oído su voz.

—¿Nunca?

—Nunca, seguro.

—Sin embargo me ha visto hace unos minutos.

—¿Yo?

—He tenido el gusto de servirle una copa de coñac de clase muy especial. Algo que guardaba expresamente para esta fecha. ¿No lo recuerda?

La voz seguía llegando desde el fondo del tiempo, desde los últimos rincones del espacio. Era estremecedora, era silbante, era remota, era siniestra… Donovan sintió como si todos sus nervios a la vez sufrieran una brutal sacudida.

—¿Quién… quién es usted? —balbució.

—Soy la dueña de esta casa. Soy la señora Scott…

Y al otro lado del hilo colgaron.

Donovan no pudo colgar. A él se le escapó el auricular de entre los dedos. Por suerte estaba sentado, porque, de lo contrario hubiese caído redondo a tierra. Sus facciones estaban tan blancas y desencajadas que al verse reflejado en un lejano espejo no se reconoció.

—Dios mío… —Fue todo lo que pudo decir.

E inmediatamente se sintió acorralado, allí. Supo que la señora Scott podía atravesar las paredes. Que su diabólico poder alcanzaba

a todos los rincones de Paladian Manor. Que lo llenaba todo…

No pudo resistir el encierro y el silencio de aquella habitación. Comprendió que necesitaba huir de aquella casa. La idea de alejarse de allí le obsesionó. Tenía que escapar, como fuera, de aquel lugar diabólico, de aquel lugar maldito…

Fue hacia la puerta, tambaleándose como un borracho.

Hizo girar la llave y la abrió.

Silencio…

El pasillo lleno de sombras.

Las puertas cerradas.

Parecía como si en Paladian Manor jamás hubiese habitado nadie.

El estremecimiento de miedo que sintió Donovan le llegó hasta los huesos, tanto, que por un momento estuvo a punto de volver al interior de la habitación. Pero lo que dejaba atrás le daba tanto miedo como lo que tenía delante, de modo que resolvió seguir avanzando por el pasillo.

Tuvo la sensación de que todas las sombras se movían.

De que las puertas empezaban a chirriar como si se estuviesen abriendo.

De que por las rendijas le acechaban unos ojos desconocidos.

Otra vez a Donovan le acometió aquella sensación que había tenido en su niñez: la sensación de que el miedo sería menor si tenía protegida su espalda. Por lo tanto se pegó a la pared y empezó a andar de costado, tratando de llegar a las grandes escaleras de piedra que llevaban a la planta baja.

El silencio era más agobiante cada vez.

Sólo oía el ruido de sus propios pasos, un ruido que era apenas un roce en las viejas baldosas de mármol.

Notó, entonces, que algo cedía a su espalda.

Un estremecimiento brutal le recorrió.

Se dio cuenta de que se estaba deslizando junto a una de las puertas, PERO ESA PUERTA SE ESTABA ABRIENDO.

La presión de la espalda de Donovan hizo que se terminara de abrir.

El ingeniero, falto de apoyo, cayó al interior de la habitación. Rodó por la alfombra sin darse cuenta de lo que ocurría. Y entonces lo vio todo; entonces distinguió aquel horror, a la luz incierta de

una vela que ardía en el otro extremo de la pieza.

Vio las dos manos.

Vio la vieja espada que estaban empuñando.

De una forma lejana e incierta, Donovan recordó que aquella espada había estado en una panoplia con armas que adornaba el vestíbulo. Sus dos filos, bien intactos, la convertían en un instrumento mortífero. El pesado mandoble podía decapitar a un hombre de un solo tajo.

Pero Donovan apenas pensó en eso, porque lo que le asombró de verdad fue lo que estaba detrás de las manos y detrás de la espada.

Porque vio AQUELLA CARA.

Porque se dio cuenta de que era imposible.

Con un murmullo que apenas pudo oírse a dos pasos, dijo solamente:

—Nooooo…

Las dos manos alzaron la espada.

Fue un golpe seco y cruel.

Hasta las paredes se mancharon de sangre.

La cabeza de Donovan había sido separada del tronco, con un solo golpe. Durante algunos segundos, la habitación se llenó con un espantoso chirrido de huesos.

Los ojos de Donovan aún estaban espantosamente abiertos cuando la cabeza rodó por las baldosas.

Y el silencio se hizo otra vez. La figura femenina empezó a deslizarse hacia el otro extremo de la habitación, donde ardía la vela.

Las tinieblas la cubrieron al instante. Se la tragaron.

Y otra vez en Paladian Manor volvió a imperar la calma de la muerte.

CAPÍTULO VII

El honorable Donald Ronson, uno de los líderes de los grupos radicales de la oposición, se levantó aquella mañana en el Parlamento británico, en medio de una tempestuosa sesión donde se discutía el dinero que iba a costar al país las obras públicas de aquel año. Después de serle concedida la palabra, el honorable Ronson introdujo los pulgares en los dos bolsillos delanteros de su chaleco y dijo, con voz tonante:

—Señor *speaker* de la Cámara, honorables colegas de la oposición y distinguidos miembros de la mayoría parlamentaria: el año pasado aprobamos aquí un presupuesto para realizar, a través de Cumberland, una autopista que habría de mejorar notablemente la red de comunicaciones de nuestro país. Para la construcción de esa autopista, se expropiaron terrenos y se destruyeran fincas, lo que originó un costo social muy lamentable. Pero, como todos sabemos, ese costo social suele ser, inevitablemente, el precio que se paga por el progreso.

Retiró los pulgares de su chaleco, paseó su mirada por la vieja Cámara de los Comunes, donde reposaba lo mejor de la historia de Inglaterra, y continuó, ahora con voz mucho más pausada, casi temerosa:

—Pero al fin, las expropiaciones llegaron a una región que todavía vivía en las entrañas del pasado, una región apenas tocada en los dos últimos siglos y que, administrativamente, pertenece a la antigua heredad de Paladian Manor. El palacio no fue tocado, pero en cambio se expropió un antiquísimo cementerio que contiene sepulturas de casi cinco siglos atrás. Ese cementerio tiene un cierto valor artístico y arqueológico, y un notable valor histórico, pero no voy a defender su permanencia basándome en esas dos únicas razones. Yo sé muy bien que, por desgracia, el arte y la historia

tienen, también, que batirse en retirada ante el progreso. O ante lo que llamamos progreso.

Hizo una nueva pausa, mientras apoyaba ambas manos en la parte delantera del escaño, y añadió:

—Pero a ese cementerio le ocurría algo raro, y las noticias que han llegado hasta mí, como representante del distrito de Paladian Manor, son de lo más inquietante y hasta diría que de lo más espantoso. Si ustedes se molestan en leer los comentarios que hoy publican todos los periódicos de Londres, notarán en ellos un cierto tufillo a brujería que les inquietará. Pero yo poseo noticias que los periódicos no publican, y esas noticias se refieren a la tumba de la señora Scott, que los citados periódicos mencionan sólo de pasada. La señora Scott, muerta hace ahora cien años justos, tuvo fama de bruja, de maniática, y hasta de asesina. Se mencionan sobre ella oscuros hechos judiciales, y parece que fue acusada de vampirismo. El caso es que su tumba fue considerado lugar maldito, y poquísimas eran las personas que se acercaban a ella. Ni tan siquiera los familiares corrían el riesgo de llevarle flores en las fechas de sus aniversarios.

Echó la cabeza hacia atrás y miró en torno suyo. Se dio cuenta de que el interés había prendido en el público de las tribunas y en los parlamentarios de los escaños, cansados de oír todo el día hablar de presupuestos y de cifras. Aquellas palabras inquietantes les llevaban a un mundo nuevo cuyos límites desconocían aún.

El honorable Ronson continuó, manteniendo siempre las manos apoyadas en la parte delantera de su escaño.

—Estoy de acuerdo en que todo eso son leyendas y que no podemos creer todo lo que se cuenta en los brumosos bosques y en las viejas comarcas de Inglaterra. Pero ahora, honorables miembros de la Cámara de los Comunes, nos enfrentamos a algo espantoso y que no es una leyenda, sino una realidad. Me refiero a la última muerte acaecida en Paladian Manor, una muerte que ha alcanzado en circunstancias horribles a un hombre que merecía toda nuestra confianza: el ingeniero Donovan. Ustedes saben que era el encargado de una serie de trámites para el trazado de la autopista y para las últimas expropiaciones, entre ellas las del cementerio. De sus labios tenían que salir las palabras para que empezaran a ser levantadas las tumbas.

Los rostros de todos los que estaban cerca se habían vuelto hacia él, y el silencio en la Cámara era absoluto. Ronson introdujo otra vez los pulgares en los bolsillos del chaleco y preguntó:

—¿Qué debía hacer, pues, nuestro buen amigo Donovan, hoy desdichadamente muerto? ¿Tenía que hacer algo ilegal? ¿Tenía que hacer algo poco cristiano? Estoy de acuerdo en que quizá no sea muy caritativo destruir viejas tumbas, pero la moral nos enseña que el polvo de nuestros huesos no merece un respeto tan absoluto que vaya a perdurar a través de los siglos. Por eso, Donovan no iba a hacer nada que significase un peligro moral o material para él, excepto una cosa: tenía que tocar la tumba de la señora Scott. Y la señora Scott, según todos los síntomas, SALIÓ DE ESA TUMBA.

Sonaron unas toses en la solemne Cámara. Era la primera vez que se hablaba allí de aparecidos y de fantasmas. El *speaker*, o encargado de dirigir los debates, hizo una advertencia a Ronson. Y la hizo en términos perfectamente británicos.

—No hace falta que mencione ese nombre —advirtió—. La verdad es que, puesto que la señora Scott no paga impuestos, no veo motivo alguno para que esta Cámara se ocupe más de ella.

Ahora sonaron unas discretas risas. Ronson dijo, con voz alterada:

—No paga impuestos, pero mata.

—¿Qué trata de insinuar?

—Me estoy refiriendo a la muerte de Donovan —murmuró Ronson.

—Advierto al honorable parlamentario —dijo el *speaker*—, que no estamos reunidos aquí para tratar de eso, y que tampoco se ha constituido ninguna comisión parlamentaria para investigar esa muerte. Si debe hacerse alguna proposición ante la Cámara, hágase, pero sin necesidad de llenarla de aparecidos y de muertos.

Ronson se sonrojó ante la doble advertencia, y los dedos resbalaron a lo largo de su chaleco. Con expresión mucho más tímida, murmuró:

—Honorables miembros de la Cámara de los Comunes, lo que he querido solicitar aquí, como representante del distrito electoral en que se halla enclavado Paladian Manor, es que se detengan las obras de la autopista y las expropiaciones que afectan al cementerio donde se halla esa extraña tumba. Pido que se detengan, al menos

hasta que sean aclaradas las circunstancias de la muerte de Donovan y se sepa la verdad sobre las fantásticas apariciones de una mujer que murió hace cien años. Ya sé que todo esto puede parecer desusado o anormal y que algunos periódicos de la mayoría gubernamental harán chistes a mi costa, pero es prudente no seguir unos trámites legales cuando esos trámites legales están causando muertes. Pido, por lo tanto, y empleando una frase gráfica, que se deje en paz a la señora Scott y que no se toque su tumba, al menos hasta que estos sucesos se hayan aclarado. Es todo cuanto tenía que decir.

Volvió a sentarse entre los murmullos de los miembros de la Cámara. Quedó decidido que el asunto se sometería a votación, pero no en aquella misma sesión sino al día siguiente, para que los miembros de los Comunes pudieran informarse sobre el asunto. Poco después, cuando las solemnes campanadas del
Big-Ben,
en la torre del Parlamento, daban las doce, las salas quedaban vacías. También el público y los periodistas que habían ocupado la tribuna de prensa se fueron retirando lentamente.

Uno de los que se retiraron fue un joven detective de Scotland Yard llamado Clarendon. Había ido expresamente a Londres porque sabía que Ronson se proponía plantear el misterio que rodeaba a Paladian Manor, y aquel misterio era el asunto en que él estaba metido ahora. Después de la muerte de Donovan parecía plantearse una cosa con cierta claridad, y era que la señora Scott no quería que se la molestase. Quería que se la dejara reposar en paz en el fondo de su tumba.

Pero era al llegar a este punto cuando los pensamientos de Clarendon se paralizaban. ¿Cómo era posible que la señora Scott tuviera voluntad propia, cien años después de muerta? ¿Cómo podía haber vuelto al mundo de los vivos? ¿Qué clase de misterio era el que flotaba en Paladian Manor?

Clarendon no sabía qué clase de misterio era, pero de una cosa estaba seguro: de que se trataba de un misterio sin solución.

Vio su figura reflejada en las cristaleras de un *pub* y tuvo la sensación de que su planta atlética se había encogido; de que ya no era el hombre decidido y joven que fue hasta unos días atrás. De pronto se veía a sí mismo como un hombre pesimista y que

arrastraba los pies. Era como si el miedo que inspiraba la señora Scott le persiguiera a él hasta las propias calles de Londres.

—¿Qué va a beber?

La pregunta del camarero le sorprendió. Había entrado en el *pub* sin darse cuenta, como un sonámbulo. Pidió una jarra de cerveza y se dio entonces cuenta de que la lluvia empezaba a tamborilear en los cristales, como una pesadilla.

El clima era depresivo. Londres se veía envuelto en una especie de neblina o de sudario donde sólo se movían las sombras.

No sabía por qué, pero Clarendon se sentía rodeado por los muertos. ¿Cuántos seres humanos que ya no existían habían estado en aquella taberna, antes que él? ¿Cuántos de ellos aún flotaban junto a las paredes, sin que los nuevos clientes los viesen?

¿Basta con enterrar a un ser humano para que éste desaparezca del todo? ¿O sigue flotando en el aire algo suyo? ¿Sus pensamientos pueden tomar forma? ¿Su voluntad puede, al cabo de cien años, llegar a matar?

Todos estos pensamientos se arremolinaban en el cerebro de Clarendon mientras veía, con la mirada absorta, resbalar la lluvia por los cristales del *pub*. No notaba ni el sabor de la cerveza. Y si en ese momento hubiese entrado allí la momia de la señora Scott, es muy posible que ni siquiera se hubiera sorprendido.

Pero la que entró no fue una momia, sino una mujer todavía llena de encantos, una mujer discreta, bien vestida, dulce, y ante la que uno pensaba inevitablemente en hacer el amor en una tarde de lluvia como aquélla. Fue Eli la que llegó ante él. Y Eli se situó a su lado en la barra, mientras sonreía levemente.

—Estaba también en la Cámara de los Comunes, en la tribuna destinada al público —susurró la mujer—. Me extraña que no me hayas visto.

Clarendon también le sonrió, pero no pudo evitar una pregunta que le había quemado en los labios, desde que la vio entrar a ella:

—¿Sólo has venido por eso? ¿O quizá querías ver, también, a Trevor en la cárcel?

—No, a Trevor no le he visto. Aquélla es una historia ya vieja.

—¿Entonces estás en Londres solamente porque en la Cámara de los Comunes se iba a tratar del asunto de Paladian Manor?

—Y tú también —dijo Eli, con una mueca—. Tú has venido sólo

por eso.

—Es cierto —reconoció Clarendon—. El asunto de Paladian Manor me preocupa tanto que cualquier cosa me parece una pista. Confieso que ya no sé por dónde ir.

—También me preocupan a mí los asuntos de la casa —susurró Eli—, puesto que vivo allí. Aquel clima de pesadilla es tan obsesionante, que deseo con toda mi alma que se paralicen los trámites para la autopista y se deje en paz a la señora Scott. Eso puede parecer absurdo para mucha gente: dejar en paz a una mujer que murió hace cien años… Pero yo estoy segura de que todo empezó desde el momento en que se quiso destruir aquella tumba, y también estoy segura de que todo terminará cuando el viejo cementerio quede en paz para siempre. Por eso las palabras de Ronson me han parecido tan sensatas y por eso creo que debe ser apoyado. Cuando termine ese maldito proyecto, todos los de Paladian Manor podremos volver a sentirnos en paz.

Clarendon hizo un gesto afirmativo mientras terminaba su cerveza. Preguntó a Eli con una mirada qué quería tomar, y ella pidió, también, una jarra, pero apenas probó su contenido. Estaba claro que sus pensamientos la obsesionaban y que también ella, al igual que Clarendon, creía ver en el viejo *pub* las sombras de personas que habían muerto.

—Es muy posible que el proyecto sea retirado y la autopista pase por otro sitio —dijo, pensativamente, el detective—. En todo caso, depende de la votación de mañana, porque allí se decidirá si se acepta la petición de Ronson.

—Ojalá se acepte —dijo Eli, con un hilo de voz—. Te juro que yo ya no puedo soportar más aquello.

Y los dos miraron las gotas de lluvia resbalar por los cristales. Los dos debían estar pensando lo mismo: en lo increíble de aquella situación. Pero, de un modo u otro, era la primera vez que un fantasma entraba en la Cámara de los Comunes y era objeto de una votación, de modo que aquello ya había hecho historia.

Fue Clarendon el primero en desembarazarse de aquella especie de clima de pesadilla que les envolvía a los dos. Moviendo la cabeza de un lado para otro, como si quisiera sacudir sus propios pensamientos, musitó:

—Y lo curioso es que la señora Scott no ha podido salir de allí,

del fondo de su tumba. ¿Recuerdas la noche que nos encontramos en el cementerio? ¿Te diste cuenta de lo que estaba mirando realmente?

—La lápida —dijo Eli, con un hilo de voz.

—Sí. Aquella lápida me llegaba a obsesionar y, verdaderamente, no sé por qué. Supongo que porque se trataba de una de las lápidas más solemnes y pesadas que he visto en mi vida. Aunque una muerta tenga todos los poderes sobrenaturales y todas las energías del otro mundo, es imposible que la levante. Como tampoco la puede levantar una sola persona viva.

Eli intentó reír, pero había tenido que cerrar los ojos. Por detrás de ellos parecía pasar la sombra de la muerte.

—Tengo miedo, Clarendon —musitó—. Te… te juro que tengo miedo.

—¿Por eso me has seguido al salir del Parlamento?

—Necesitaba hablar con alguien… No sabía exactamente de qué, pero necesitaba hablar… Hay cosas que llevo dentro y que me atormentan día y noche, ¿sabes? Pienso que no sé si voy a tener valor para volver a aquella casa.

—¿Por qué?

—A veces me pregunto si voy a ser la próxima víctima —dijo Eli, con un trémolo de voz—. Estoy segura de que la señora Scott volverá a matar.

De una forma instintiva, quizá sin darse cuenta, estrechó los dedos de Clarendon. Era imposible saber si se trataba de una caricia o de una manifestación de su miedo sólo, porque necesitaba estar junto a alguien. Los dos se miraron fijamente y los dos se sintieron más tranquilos simplemente por el hecho de que estaban uno con el otro. Clarendon, con una sonrisa, le puso la jarra de cerveza en los labios para que ella bebiera.

—Te animará —dijo—. Y no te preocupes porque no estarás sola en Paladian Manor. Yo también voy a volver allí.

—¿Sigues investigando el caso, después de todo lo que ha ocurrido?

—Por el momento no me han echado —musitó Clarendon—, pero ya me echarán. Sin embargo lo único cierto es que, aunque me releven, acabaré resolviendo este asunto si bien sea la última cosa que haga en mi cochina vida.

Pagó y tomó a la mujer del brazo para dirigirse los dos a la puerta. Notó que la carne femenina temblaba, como si el miedo la estuviese persiguiendo hasta allí, hasta las calles de Londres.

Y quizá era así. Quizá la señora Scott les acechaba desde el fondo del tiempo, aunque ellos nunca llegarían a saberlo.

CAPÍTULO VIII

Forquester, enviado especial de Scotland Yard para resolver aquel caso, descendió del coche y lanzó una serie de maldiciones mientras recibía el impacto de la lluvia. Se había desatado una condenada tormenta desde que entraron en la región, y ahora no se veía a dos pasos aunque, de vez en cuando, los rayos lo iluminaban todo con un resplandor siniestro.

Corrió los pocos pasos que le separaban de Paladian Manor y casi tropezó con la enorme fachada de piedra, batida por la lluvia. Forquester lanzó una nueva maldición, buscó la campanilla para llamar y entonces se abrió la puerta.

Fue la estirada señora Sorensen, el ama de llaves, la que le franqueó la entrada. Mientras miraba aprensivamente la lluvia, la mujer murmuró:

—Perdone que no le haya abierto antes, pero es que con los truenos no he oído llegar el coche.

—Gracias de todos modos —dijo el enviado especial de Scotland Yard—. Soy el inspector Forquester. He telefoneado a media tarde diciendo que llegaría, pero me he retrasado por la tormenta. Los caminos están intransitables.

—Pase y se calentará al fuego —dijo la señora Sorensen, mientras tomaba su empapado impermeable—. Se está bien aquí.

Y le indicó el camino de la biblioteca. Forquester vio que, en efecto, pese a su vetustez, la casa tenía un aspecto confortable que las viviendas de hoy día no tienen. Era la combinación de los salones grandes y bien amueblados, de la atmósfera caldeada, las pantallas de calidad, los sillones en cuero rojo y las enormes chimeneas con troncos que crepitaban bajo las llamas. Pocas veces había visto Forquester algo tan hermoso, y le pareció mentira que aquello pudiera ser un escenario de muerte.

En la biblioteca encontró reunidas a una serie de personas. Una de ellas era el inspector Clarendon, al que conocía. Las otras eran habitantes de la casa, como Eli, como Lassie o como el doctor Ransom, un verdadero experto en ciencias ocultas y uno de los mejores conocedores de la historia de la región. Fue Clarendon el que se puso en pie, mientras le tendía la mano con una cordial sonrisa.

—Sabía que llegaría desde Londres, inspector —dijo—. Le estaba esperando. ¿Conoce usted a las otras personas que están aquí?

—Por lo menos he leído sus nombres en los informes que he repasado esta mañana —dijo Forquester—. Supongo que se trata de Eli, de Lassie y del doctor Ransom.

—Efectivamente. Estábamos hablando de las circunstancias de este caso, pero sin llegar a ninguna conclusión —dijo Clarendon.

Forquester se sentó en el diván de cuero rojo que le señalaban y aceptó una copa de ron. Necesitaba aquello para entrar en calor, después del maldito viaje que había tenido. Tras tomar un par de sorbos, miró a Clarendon.

—Espero no le sepa mal que Scotland Yard me haya designado especialmente para este caso —dijo—. Sólo trato de que colaboremos los dos.

—No se preocupe —dijo Clarendon—. Confieso que no veo nada claro este asunto, de modo que realmente voy a necesitar ayuda.

—Usted ha estado en Londres esta mañana, ¿verdad?

—Sí, oyendo la intervención de Ronson. Ha pedido que se varíe el proyecto de la autopista y que se deje en paz la tumba de la señora Scott.

—¿Y usted qué opina?

—Quizá no le falte la razón.

—¿Pero es que realmente cree que una mujer, muerta desde hace cien, años, puede salir de su tumba para cometer esos horribles asesinatos?

—Yo no creo ni debo de creer nada, Forquester, pero han ocurrido cosas tan extrañas que no me atrevería a negar lo de la señora Scott. Por otra parte, el doctor Ransom, que conoce perfectamente la historia de la región, ha insistido siempre en que ella fue una bruja y una especie de mujer-vampiro. Precisamente, por su causa, esta región era considerada una región maldita.

—Pero de eso hace cien años…

—Los vampiros no tienen edad, Forquester.

Quizá Clarendon había pronunciado aquella palabra sin darse cuenta, pero lo cierto fue que produjeron un impacto físico en Forquester, como si éste acabara de recibir una bofetada. Mientras la copa de ron temblaba en sus dedos, musitó:

—¿Vampiros?

—La señora Scott lo era —murmuró Ransom—, o al menos lo era en algún sentido. Quiero decir que, en torno a ella, se habla de asesinatos rituales y cosas por el estilo, al igual que en el caso de la famosa condesa húngara a la que se atribuyen cualidades de Drácula. He investigado muy bien la historia de la región y sé que eso no son bromas de mentes delirantes, sino hechos constatados. Creo que se va a encontrar ante problemas casi insolubles, Forquester, y que, en determinados momentos, se sentirá envuelto en un clima de pesadilla.

—Puede que el asunto termine por sí solo —musitó el enviado especial, sin querer impresionarse.

—¿De qué modo?

—Mañana se votará en la Cámara de los Comunes si se acepta la proposición de Ransom. En ese caso, es posible que el cementerio no sea tocado y se deje en paz la tumba de la señora Scott. ¿No significaría eso que ella dejaría entonces de matar?

—Sin duda —dijo Ransom—, y no le extrañe que hablemos de una persona muerta como si fuese en realidad una persona viva. Yo estoy seguro de que la señora Scott existe, y de que piensa y actúa. Quizá en este momento nos está escuchando.

Todos miraron en torno suyo aprensivamente, como si aquellas palabras hubieran significado una amenaza. Todos miraron los troncos ardientes, los sillones rojos y las paredes donde los cuadros colgados parecían cobrar vida. Sintieron un escalofrío que no pudieron definir, igual que si una especie de soplo del Más Allá hubiera llegado hasta sus rostros.

De pronto, la fuerza de la tempestad hizo que se abriera repentinamente una de las ventanas. La luz horrísona del rayo pareció penetrar en la habitación. Todos se echaron instintivamente hacia atrás como si algo sobrenatural acabara de penetrar en sus vidas.

Fue Clarendon el que cerró aquella ventana, extinguiendo así el estruendo de la tempestad. Forquester se dio cuenta, con extrañeza, de que todo su cuerpo sufría un estremecimiento.

—No sé qué diablos pasa —murmuró—. De pronto he tenido la absurda sensación de que la señora Scott entraba en este cuarto.

—Todo es posible —dijo Ransom, quedamente—, y eso que la encerraron en un ataúd de seguridad.

Los rostros se volvieron hacia él. Cuantos estaban en la habitación notaron una sacudida en los párpados.

—¿Qué quiere decir eso de un ataúd de seguridad? —Musitó Clarendon—. Realmente no lo sabía.

—Quiero decir que, según las viejas leyendas, la señora Scott eligió su propio sarcófago —explicó el doctor Ransom—, y supongo que de ahí vienen en parte sus maldiciones, porque nadie le hizo caso. El ataúd que ella había elegido era blanco, con adornos de oro y unos cuantos detalles negros, como, por ejemplo, unos murciélagos. Eso indica que, realmente, tenía algo que ver con el vampirismo. Pero los habitantes de la comarca, que le tenían miedo con muchísima razón, decidieron que ese ataúd era un sitio del que podría salir en cualquier momento, y entonces pagaron ellos mismos, de acuerdo con la familia, un sarcófago de roble y de hierro con enormes cerraduras. Era una especie de mole tan sólida como la caja fuerte de un Banco, y de la que ni el propio diablo hubiera podido salir. La señora Scott está enterrada precisamente en ese ataúd, de modo que su última voluntad no fue respetada.

Todos los que estaban en la biblioteca tuvieron un estremecimiento, como si, de repente, hubieran notado otra vez aquella presencia misteriosa. Un rayo se abatió, entonces, contra la casa, haciendo que las paredes temblaran siniestramente.

Forquester necesitó tragar todo el ron que quedaba en su copa. Nunca le había ocurrido nada parecido.

Clarendon musitó:

—No conocía esa historia del ataúd. Es un detalle más a añadir a esta cadena de misterios.

—Soy yo el único que conoce a la perfección lo que ocurrió con la señora Scott —musitó el doctor Ransom mientras le temblaban los párpados—. El único…

Y entonces se hizo el silencio. Fue un silencio extraño y agorero,

una especie de quietud irreal, hasta el extremo de que sólo se oyó el impacto de la lluvia contra los cristales.

Lassie apretaba con fuerza los brazos del sillón.

Temblaba.

Eli miraba al vacío.

Diríase que observaba, entre las sombras, cosas que los otros no eran capaces de observar.

Clarendon había apretado las mandíbulas con un gesto de decisión, mientras que Forquester miraba en torno suyo, con expresión casi temerosa. No era capaz de decir qué demonios le estaba ocurriendo.

Al cabo de unos instantes musitó:

—¿Y qué ha sido del viejo ataúd, del que la señora Scott eligió?

—Nadie lo sabe —susurró el doctor Ransom.

—Debe ser una buena pieza, si tiene cien años. Y además con ese valor histórico… Imagino que iría a parar a manos de algún anticuario.

—No —dijo Ransom.

—¿Pues entonces, adónde?

—Ya le he explicado que no se sabe.

Forquester arqueó una ceja.

—¿Quiere decir que un ataúd de esa clase se volatilizó? —Dijo en voz baja—. ¿O tal vez fue destruido?

—No. Nadie se hubiese atrevido a tocarlo con sus pecadoras manos. Era un ataúd maldito.

—¿Y no se sabe dónde para?

—De ninguna manera —musitó Ransom—. Ése es otro de los misterios de Paladian Manor.

Todos permanecieron en silencio, otra vez. Y Clarendon tuvo la sensación de que todos pensaban lo mismo, pues sin duda aquel ataúd que la señora Scott deseó y en cambio no tuvo, sería como un imán que la atraería después de su salida de la tumba. ¿Dónde estaría, entonces, aquel ataúd? ¿En qué lugar siniestro podía encontrarse?

Porque una cosa era cierta: allí donde estuviera la fúnebre caja, allí se encontraría seguramente la señora Scott.

Clarendon pasó otra vez la botella de ron. El frío se había ido haciendo intenso a pesar de los enormes troncos que ardían en la

chimenea. La lluvia arreciaba más y más, y los relámpagos eran seguidos de una especie de raros alaridos estruendosos.

Fue Clarendon el que musitó:

—Más vale que se vaya a dormir, Forquester. He hecho que le reservaran una de las habitaciones de la planta baja que está situada casi en el centro del edificio, de modo que desde allí puede llegar inmediatamente a cualquier sitio donde… donde pudiera oírse un grito por ejemplo. Creo que necesita acostumbrarse un poco a esta casa, antes de iniciar sus investigaciones en ella.

—Cierto —dijo Forquester—. No es mala idea. Confieso que ahora me siento desorientado y que no sé por dónde empezar.

—Entonces empiece acostumbrándose al ambiente. Es lo primero que necesita.

El enviado especial de Scotland Yard hizo un gesto afirmativo y se puso en pie. Clarendon le acompañó a su dormitorio, que era una inmensa habitación situada en la planta baja y que, efectivamente, ocupaba el centro estratégico de la casa. La habitación tenía una gran ventana cerrada, sobre cuyos cristales golpeaba la lluvia.

Forquester musitó:

—Repasaré los informes y los datos que me han dado en Scotland Yard. Mañana tendré una reunión con usted y examinaremos juntos este caso, Clarendon.

—Espero que tenga más suerte que yo, Forquester —dijo, modestamente, el joven detective—. Confieso que hasta ahora no he adelantado gran cosa.

Y le entregó las llaves para que se encerrara por dentro. Forquester pensó que aquello era ridículo, pero al fin y al cabo lo hizo mientras le recorría un estremecimiento. Tuvo la inquietante sensación de que las paredes vibraban, de que cien misteriosos ojos le miraban desde las sombras.

Abrió la voluminosa cartera que había traído con los documentos y se puso a examinarlos. Allí estaban las fotografías de las víctimas, los resultados de las autopsias, los viejos planos de Paladian Manor, las biografías de las personas que habitaban allí… Había, incluso, un resumen de las leyendas que circulaban en torno a la señora Scott, pero para eso tenía allí al doctor Ransom, que era una enciclopedia viviente, de modo que no las miró. Encendió su pipa, cargada con una mezcla holandesa de primera calidad, y se

puso a leer aquellos documentos mientras notaba en los cristales el insistente tamborileo de la lluvia.

Llegó un instante en que se acostumbró tanto a aquel sonido, que ya no lo captó siquiera. Tampoco se dio cuenta de que transcurría el tiempo; de que la noche se hacía más espesa cada vez y de que la tormenta arreciaba.

Dos veces cargó su pipa, al extinguirse el tabaco de la cazoleta, y dos veces se volvió a sumir en el estudio de aquellos documentos. Al fin, consultó su reloj de bolsillo, un reloj del viejo estilo, y se dio cuenta de que eran las dos de la madrugada.

El sueño empezaba a vencerle.

Temió quedarse adormilado en la misma butaca.

Pero, de pronto, un ruido extraño le hizo levantar la cabeza. Era un ruido leve, pero insistente, que se producía en el mismo suelo de su habitación. Forquester se levantó inquieto, pensando que en una casa vieja como aquélla podía estar cercado por los roedores.

Pero no se trataba de eso. Pronto comprendió que el ruido llegaba de más abajo, del techo de la habitación que estaba en el plano inferior a la suya. Y pronto comprendió también algo más inquietante: se trataba del sonido producido por un ser humano.

En efecto, aunque no era ningún mensaje enviado por Morse, aquello tenía una cadencia, un ritmo. Ningún animal hubiera dejado aquellas pausas que eran siempre las mismas ni hubiera rascado en el techo de la misma forma. Eso significaba que debajo de la habitación de Forquester había un ser humano, o al menos un ser inteligente, que se estaba moviendo.

Que en cierto modo, LE LLAMABA.

El enviado especial del Yard descolgó el teléfono. La casa era antigua, desde luego, pero entre las habitaciones principales existía el más completo servicio de teléfonos interiores que se pudiese imaginar. Marcó el número del cuarto de Clarendon pues éste le había dejado una lista.

Clarendon le contestó en seguida.

—¿Qué pasa?

—Sólo quería saber si está usted en su habitación.

—Pues claro que sí. ¿Ocurre algo?

—No, nada.

—¿De verdad no necesita mi ayuda, Forquester?

—¿Para qué iba a necesitarla? Es sólo una comprobación de rutina.

Y colgó.

Inmediatamente llamó a la señora Sorensen. Y a Lassie. Y a Eli. Y al doctor Ransom. Y a los cuatro criados que pernoctaban en la casa.

Todos estaban en sus dormitorios, situados, sin excepción, en el piso superior, de modo que ninguno de ellos podía provocar aquel ruido. Porque el ruido continuaba con la misma insistencia, con la misma cadencia, con la misma monotonía.

A cada una de las personas a las que llamó Forquester las tranquilizó diciendo que se trataba de una comprobación de rutina. Pidió a todos que se mantuvieran en sus habitaciones, y supo, desde el primer momento, que todos le harían caso. En este momento era él quien llevaba la investigación y quien impartía las órdenes.

Además, Forquester tenía un interés especial en ser quien bajara al sótano, porque no cabía duda de que era el sótano lo que estaba debajo de su habitación de la planta baja. Si a la primera noche de llegar descubría el misterio de Paladian Manor —un misterio que no había podido descubrir nadie— se cubriría de gloria. Sería aquel año el detective más famoso de Gran Bretaña.

Con cuidado salió de la habitación, hallándose ante el vestíbulo cargado de penumbra. Ahora, la tempestad había cesado, pero se seguía oyendo, insistente, el ruido de la lluvia. Distinguió una puerta adornada con relieves y que, por su situación, tenía forzosamente que dar al sótano. La abrió.

Captó una atmósfera húmeda.

Más abajo, todo era silencio.

¿Silencio?

Afinando el oído, Forquester pudo captar nuevamente el sonido en el fondo del sótano. Extrajo una pequeña linterna y descendió por los gastados escalones de piedra, hasta llegar a una habitación que debía ser enorme, porque el ruido de sus pisadas se multiplicaba. El frío era tan húmedo, que un temblor le penetró hasta los huesos.

La linterna fue recorriendo el techo, poco a poco. El ruido le servía de pista para tratar de hallar su origen.

Y, de pronto, Forquester lo vio.

Estuvo a punto de lanzar una maldición, porque no se trataba de ningún ser humano como creyó al principio. Al parecer, le habían estado gastando una estúpida broma. Lo que ocasionaba aquellos ruidos, siempre los mismos, era un vibrador sujeto al techo por medio de una ventosa, y que, sin duda, funcionaba con una pila. Era un vibrador como los que se emplean en algunos juguetes eléctricos para producir sonidos.

Forquester lanzó, ahora, una maldición.

Como broma, aquello no tenía sentido. Pero ya averiguaría él quién tenía allí ganas de divertirse.

Fue a volver por donde había venido.

Y, de pronto, se encendió una luz.

No fue una luz total.

Fue un cono al fondo del sótano. Fue una especie de triángulo maldito que rompía la oscuridad. Fue una condenada pesadilla.

Porque aquella luz triangular y mortecina se derramaba sobre una sola cosa situada en aquella pieza inmensa.

Sobre un ataúd.

Capítulo IX

Era un ataúd distinto de los otros. Pese a que tendemos a creer que siempre han sido iguales, eso no es cierto, como nunca han sido iguales las camas. Esas siniestras cajas también tienen su época, también tienen su edad. Y aquel ataúd situado bajo la luz —Forquester lo adivinó en seguida— TENÍA, JUSTAMENTE, CIEN AÑOS.

Era de sólida madera pintada de blanco.

Los adornos eran de oro.

Y tenía algunos detalles negros.

Por ejemplo, unos murciélagos.

Forquester sintió que se quedaba sin respiración.

Sus ojos se desencajaron.

La sensación de pesadilla le llegó hasta el fondo de los nervios.

Porque supo que se encontraba ante el ataúd de la señora Scott.

Aquel ataúd, cuyo paradero había ignorado todo el mundo.

Y que ahora aparecía allí.

Ante él…

… ¡Como si lo hubieran depositado allí las mismísimas fuerzas del infierno!

Las rodillas de Forquester se doblaron un momento. Siempre se había tenido por un hombre valiente, pero ahora no pudo resistir aquello. Miró, fascinado, hacia aquel ataúd que la señora Scott no pudo tener nunca.

Y entonces ocurrió algo más.

Entonces captó aquel crujido.

Con los ojos desorbitados, sin fuerzas para retroceder un paso, Forquester miró, fascinado, aquella tapa.

La tapa se estaba moviendo.

SE ALZABA, POCO A POCO.

Forquester estuvo a punto de lanzar un aullido, pero le dio vergüenza. Quizá le faltaron las fuerzas, también.

Lamentó que un policía británico no pudiera llevar armas, aunque realmente, ¿de qué le hubiese servido una pistola, en aquel momento? ¿Podía disparar contra una mujer que ya llevaba cien años muerta?

Porque la horrible verdad penetró, poco a poco, en su cerebro.

Estaba ante la señora Scott.

ELLA SALÍA DEL ATAÚD.

Una mano brotó por el hueco.

La tapa se alzó un poco más.

Y apareció el cuerpo.

Y la cara.

Y entonces Forquester lo vio todo.

De su garganta brotaron sólo tres palabras, sólo una exclamación:

—No es posible…

Porque ahora empezaba a comprenderlo todo.

Porque allí, delante suyo, estaba la siniestra verdad.

Pero aquel cuerpo estaba ya quedando sentado dentro del ataúd.

Y las manos se movían.

El pequeño arco disparó la flecha sin que Forquester acertara a moverse, sin que llegase a gritar.

La flecha se le clavó en el lado izquierdo del pecho, justamente sobre el corazón. Forquester dio una vuelta sobre sí mismo. De su garganta brotó un leve ronquido. Chocó contra la pared, mientras intentaba desesperadamente arrancarse la flecha.

No se dio cuenta de que con ello aceleraba su muerte. Con aquel movimiento, la punta de acero se hundió más profundamente en su corazón. Forquester dio un par de pasos, mientras de su boca brotaban dos hilos de sangre.

Un silencio espantoso se hizo entonces en torno suyo.

Fue el silencio del Más Allá.

El silencio espectral de las eternidades.

CAPÍTULO X

Clarendon miró el ataúd y miró, luego, el cadáver, mientras sentía que un estremecimiento le recorría la espina dorsal.

Habían pasado escasamente diez minutos desde que Forquester estaba muerto. Lo notaba, no sólo por la expresión de su rostro, ajena a toda rigidez, sino, también, por la temperatura del cuerpo.

Tuvo que cerrar los ojos porque todo aquello seguía pareciéndole una absurda, una increíble pesadilla.

Cuando Forquester le llamó a su habitación diciendo que se trataba de algo rutinario, él se quedó tranquilo pensando que, en efecto, su colega debía haberle dicho la verdad. Pero al cabo de unos instantes se dijo que aquella rutina no debía ser tal rutina; sin duda había algo detrás de aquellas llamadas.

Por eso se decidió, al fin, y telefoneó a la habitación de Forquester. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar al cabo de unos instantes y tampoco la obtuvo. Entonces se intranquilizó.

¿Qué infiernos le había ocurrido al enviado especial del Yard?

Salió de su habitación y fue a la de Forquester, pero la encontró abierta. Fue entonces cuando de verdad se intranquilizó. Salió de allí, miró en torno suyo y le pareció que la puerta del sótano estaba mal cerrada.

Sintiendo una vibración en todos sus nervios, Clarendon fue hacia aquella puerta. Empujó el picaporte y vio los peldaños de piedra. Pero creyó distinguir confusamente una luz que brillaba abajo, una luz muy débil y que apenas disipaba las sombras, por aquel lado del sótano.

Descendió oyendo el tac-tac de sus propias pisadas. Llegó a la planta inferior para ver, con horror, el cuerpo retorcido de Forquester.

Una antigua flecha estaba clavada en la parte izquierda de su pecho. En aquel crimen se había empleado, también, un arma antigua, un arma más vieja aún que la señora Scott. Sus ojos giraron entonces y vieron también el ataúd.

Era el desaparecido, el que la señora Scott nunca llegó a tener.

Clarendon sintió que vibraban sus nervios.

La tapa estaba alzada.

La siniestra caja estaba vacía.

Pero, por la posición de la flecha, se adivinaba que la habían disparado desde allí. Y, además, estaba el mensaje de los ojos de Forquester, un mensaje que reflejaba sorpresa y horror. Él había visto lo que sólo veían los que iban a morir: él había visto, sin duda, los ojos de la señora Scott.

Clarendon volvió la cabeza.

Acababa de oír un ruido a su espalda. Y entonces notó, clavadas en él, aquellas pupilas lejanas y grises del doctor Ransom.

Curiosamente, Ransom se fijó más en el ataúd que en el muerto, como si ya hubiera dado por sabido desde siempre que Forquester no llegaría a viejo. Lo señaló, mientras gruñía:

—Es imposible que estuviera ahí.

—¿Por qué es imposible, Ransom?

—Yo estuve hace unas horas en esta parte del sótano, buscando unas inscripciones antiguas que tenían que estar grabadas en la pared. Le juro que no vi nada, absolutamente nada. El sótano estaba vacío… ¡y ese ataúd no puede haber aparecido por arte de magia! ¡Es completamente seguro que no estaba aquí!

—Eso es lo que más me desconcierta —musitó Clarendon—; que si ha aparecido aquí, ha sido por arte de magia.

Dejó de mirar el cadáver. Los otros habitantes de la casa ya estaban allí, y sus ojos desencajados decían lo que no podían decir sus bocas. En aquellos ojos estaba la duda, estaba el estupor, estaban el miedo y la muerte.

—Salgamos de aquí —musitó Clarendon, mientras los apartaba del cadáver—. Necesito llamar al forense.

Y añadió, en voz más baja todavía:

—Ojalá pudiera hacerle la autopsia al ataúd de la señora Scott…

* * *

Los periódicos de la tarde siguiente, en casi toda Gran Bretaña, publicaron dos noticias que estaban estrechamente relacionadas entre sí. Una de ellas era la del nuevo crimen cometido en Paladian Manor. Otra, la de que la Cámara de los Comunes había rechazado la petición del diputado Ronson, basándose en la sencilla razón de que los fantasmas no existen. Por lo tanto, las obras de la autopista seguirían y, en consecuencia, sería removida la tumba de la señora Scott.

No cabía duda de que la resolución del Parlamento era lógica, pues nunca se había modificado en Gran Bretaña una ley, por el hecho de que una momia se hubiese empeñado en modificarla. Pero eso dejaba abierto el camino a nuevos crímenes, a nuevos misterios y a nuevas apariciones.

Mientras leía los periódicos a la tibia luz del sol, pegado a uno de los torreones de Paladian Manor, Clarendon pensaba tristemente en todo aquello. Pensaba en que la venganza de la señora Scott iba a seguir. No habría piedad para los que osaran acercarse a su condenada tumba.

Una serie de ruidos le hicieron volver, entonces, la cabeza. Pudo ver que el cuerpo de Forquester era sacado del sótano por una puerta lateral y metido en una ambulancia, mientras que el centenario ataúd era sacado, a continuación, y cargado en una furgoneta fúnebre.

Clarendon dobló los periódicos con un gesto pesimista, mientras consultaba su reloj.

Una voz dijo, entonces, junto a él:

—¿Han transcurrido muchas horas, verdad?

Clarendon la vio. Era Lassie. La muchacha tenía el aspecto tímido y dulce de siempre, y miraba la escena con ojos donde palpitaban, al mismo tiempo, la resignación y la incredulidad. Lassie no había tenido nunca un auténtico cariño, excepto al de Samuel Burns, que la consideraba una especie de nieta pese a ser sólo una sirvienta. Pero Samuel Burns ya estaba muerto. Fue el primero que vio a la señora Scott.

Ella insistió:

—Al pobre Forquester lo mataron la pasada madrugada. ¿Por qué no lo han sacado hasta este momento, hasta la tarde del día siguiente?

—Los técnicos han querido revisarlo todo —dijo Clarendon, mientras intentaba sonreír—, y en las viejas casas eso da mucho trabajo. Han buscado huellas, escondrijos… Mientras tanto, preferían no sacar el cuerpo de allí.

—Y no han encontrado nada, ¿verdad?

Clarendon, que era uno de los que más habían trabajado durante las investigaciones, musitó:

—Nada.

—¿Qué van a hacer con el cadáver?

—Llevarlo a la Morgue. Allí efectuarán la autopsia, aunque me temo que eso tampoco sirva de gran cosa, porque las causas de la muerte están muy claras.

—¿Y con el ataúd?

—El ataúd será quemado en el cementerio. El propio alcalde de la ciudad lo ha pedido así. Parece que los vecinos están aterrorizados y han pedido que no se conserve nada de lo que tuvo relación con la señora Scott.

Ahora la que se estremeció fue la muchacha. Sus ojos resignados miraron al vacío. El ataúd era una extraña mancha blanca en el coche fúnebre pintado de negro.

—Se están reproduciendo las mismas escenas de horror de hace cien años —musitó—. Las mismas escenas que cuando la señora Scott vivía.

—Es cierto —dijo Clarendon, de mala gana—. Estamos en la era atómica, pero la gente sigue creyendo en las brujas y en las apariciones. Si esto sigue así, la comarca llegará a parecer una de aquellas aterradas zonas de la Edad Media en que se quemaba a las brujas y en que horribles crímenes se atribuían a los vampiros. Me da miedo pensar en lo que puede ocurrir si esto no se soluciona.

—De momento se contentan con quemar los ataúdes —dijo Lassie, con un hilo de voz—, pero luego tal vez… ¿Quién sabe?

Por un momento se apretó contra Clarendon. Tenía miedo. Y quizá nunca Clarendon había visto a una mujercita tan tímida, tan dulce, tan indefensa, tan envuelta por las brumas del horror.

Le pasó un brazo por los hombros.

Hubiera deseado protegerla.

Ayudarla.

Amarla, tal vez.

Pero los rumores que les rodeaban eran siniestros. El cuerpo sin vida del enviado especial del Yard era cargado en la ambulancia, mientras el coche fúnebre desaparecía con el ataúd. La luz de la tarde se iba extinguiendo. Todo adquiría un aspecto triste, melancólico, un aspecto que presagiaba el misterio de la noche.

Clarendon musitó:

—Más vale que no vayas al cementerio.

—¿Por qué?

—Quédate encerrada en tu habitación.

—No hay motivo. A mí, la señora Scott no me hará nada.

—¿Y por qué a ti no?

—El señor Burns la quería, y ella no quiso matar al señor Burns. Sencillamente, él tuvo miedo al verla y falló su corazón, pero tengo la seguridad de que no quiso matarle. Y contra mí no hizo nada, nada absolutamente, pese a que pudo acabar conmigo allí mismo. Al contrario, desapareció en seguida.

—Eso puede ser cierto, pero de todos modos quédate encerrada en tu habitación. No salgas para nada.

Lassie asintió y se desprendió del brazo protector del hombre. Clarendon la vio entrar en la casa. Fue a encender un cigarrillo y se dio cuenta, de pronto, de que lo había hecho maquinalmente, pero sin tener ganas de fumar. Volvió a guardarlo y entonces le dominó la sensación de que unos ojos duros e implacables le estaban observando.

Volvió la cabeza.

Y así era, en efecto. La que le estaba mirando a poca distancia era el ama de llaves, la señora Sorensen.

—¿Ocurre algo? —preguntó Clarendon.

—Quiero hablar con usted.

—¿De qué?

—He observado algo que no me gusta, Clarendon.

—¿Sobre qué, señora Sorensen?

—Sobre ese ataúd.

—¿Qué pasa con él?

—Nadie sabía dónde estaba.

—Sí, eso es cierto —dijo Clarendon con voz tranquila, mientras también la miraba fijamente—. ¿Y usted? ¿Lo sabía?

—Tampoco, pero alguien podía conocer su paradero.

—¿Y sacarlo de su escondite?

—Sí.

—¿Quién cree que pudo ser?

—No estoy segura, detective.

—Pero debe tener alguna sospecha, desde el momento en que me dice eso. Quizá una sospecha muy clara.

—Yo pienso que la tengo, pero no quiero acusar a nadie, mientras me quede una mínima duda. ¿Va usted a ir al cementerio?

—Sí; no tengo más remedio.

—Pues yo repasaré el viejo libro de apuntes que hay en la biblioteca. Cuando regrese, procure verme. Es posible que con los datos que habré obtenido pueda ya darle el nombre de una persona.

—¿Por qué no me lo anticipa y así hacemos la averiguación los dos?

—Porque quizá cometería un error imperdonable, señor Clarendon. Mis sospechas no significan nada, pero las suyas pueden significar la detención de una persona, y eso no sería justo si yo me he equivocado. No sé lo que la gente piensa de mí, pero le aseguro que venero el nombre de Dios y que voy todas las semanas a los oficios religiosos. No quiero acusar en vano.

—Aunque me dé un nombre, no por eso voy a acusar a nadie, señora Sorensen. Puedo jurárselo si quiere. Me limitaré a investigar.

—Aun así, prefiero esperar. No me perdonaría llegar a cometer un error de esa clase con una persona a la que veo con frecuencia.

—¿A la que ve con frecuencia?

—No me pregunte más, señor Clarendon.

Y el ama de llaves se retiró. Su decisión parecía inquebrantable. Como una sombra, se perdió entre las primeras penumbras de la noche.

Clarendon iba a seguirla, pero se dio cuenta de que no sacaría nada en limpio. Era mejor esperar, como la propia señora Sorensen le había pedido. Al fin y al cabo, no faltaba tanto tiempo.

Un coche con dos policías más siguió al furgón funerario donde iba el ataúd. La ambulancia en la que viajaba el cuerpo de Forquester desapareció raudamente por la carretera principal que llevaba a la capital del condado.

Mientras apretaba los labios y sacaba y metía una y otra vez un cigarrillo en el paquete, sin decidirse a encenderlo, Clarendon pensó

que hubiera sido inútil forzar con sus preguntas a la señora Sorensen. Ella era una mujer obstinada y no hablaría hasta que lo creyese conveniente. Mientras tanto, veía desfilar los campos oscuros, cargados de historia y también de negras leyendas. El cementerio se mostró de nuevo ante sus ojos como un testimonio de las viejas brujerías que los años no habían logrado destruir.

Una verdadera multitud, compuesta por unas quinientas personas, esperaba en las cercanías del camposanto. Al igual que en los años remotos, la gente de la comarca estaba asustada ante el nombre de la señora Scott y deseaba destruir todo lo que tuviese alguna relación con ella. No se atreverían a tocar su tumba, porque eso era demasiado para su miedo, pero, en cambio, verían arder el ataúd desde el que había cometido su último crimen. Harían con él una especie de misteriosa pira funeraria.

La caja fúnebre fue arrancada materialmente de manos de los porteadores y arrojada a la hoguera que ya se alzaba a la entrada del cementerio. Muchas mujeres empezaron a aullar histéricamente, mientras los hombres contemplaban aquello con miradas que eran a la vez de miedo y de odio. Desde que la señora Scott sembró el pánico en aquella comarca habían transcurrido cien años, pero ahora las viejas historias volvían.

El propio alcalde estaba allí. También estaba el jefe de la policía local. Nadie se opuso a la cremación del ataúd, pues se suponía que con ello quedarían calmados los ánimos excitados de la gente. Pronto los gritos arreciaron, como si en lugar de ser quemada una caja estuviera siendo abrasada una bruja.

La multitud se fue dispersando, al fin. Sólo unos cuantos rescoldos quedaban en la hoguera cuando los últimos espectadores los abandonaron. El cementerio volvió a recobrar su aspecto solitario y siniestro de siempre.

Algunos fotógrafos de los periódicos de Londres habían tomado placas, lo cual significaba que, al día siguiente, aquel extraño suceso sería conocido en todo el país. Clarendon se daba cuenta de que eso significaba más expectación, más temor colectivo y más críticas a la policía, pero no veía modo de evitarlo.

La furgoneta funeraria había desaparecido ya. Los coches oficiales también. Sólo el vehículo policial que le había traído allí, aguardaba con los faros encendidos en mitad de la noche.

Un sargento se acercó a Clarendon.

—¿Va a volver a la ciudad, inspector? —preguntó.

—No. Necesito ir a Paladian Manor.

—Entonces le dejaremos allí. Suba cuando quiera, inspector.

—De acuerdo, pero antes déjenme un momento en la cabina telefónica que hay en el cruce de caminos. Quiero avisar a una determinada persona de que llegaré en sólo unos minutos.

—Como quiera.

Le dejaron en la cabina. El paraje era solitario y hosco. Sólo la lucecita amarillenta colocada encima del teléfono brillaba como una luciérnaga en aquella negritud. Clarendon marcó uno de los números de Paladian Manor y esperó que la propia señora Sorensen se pusiera al teléfono, como era su costumbre. Pero, en lugar de eso, le contestó la voz un poco asustada de Lassie.

—¿La señora Sorensen? —Susurró la muchacha—. Sí, ya sé… Normalmente hubiera tenido que estar aquí, pero ha salido hace cosa de media hora.

—¿Salir? ¡Le he dicho que me esperase!

—Lo sé —contestó Lassie—. Precisamente me lo ha dicho, pero parece que tenía una gran impaciencia por hablar contigo. Debía haber averiguado algo importante, ¿sabes? Ha salido hacia el cementerio empleando uno de los viejos coches de la familia.

—¿Hacia el cementerio?…

Clarendon sintió que temblaba el auricular en sus dedos. Calculó rápidamente y pensó que, en media hora, la señora Sorensen había tenido tiempo más que sobrado para llegar hasta allí.

Por lo tanto tenía que estar ya en el cementerio.

Pero… ¡COMPLETAMENTE SOLA!

¡Había llegado allí cuando el cementerio ya estaba vacío!

Sin decir una palabra, colgó.

Volvía a sentir en la garganta el sabor espeso de la muerte.

CAPÍTULO XI

En efecto, la señora Sorensen había llegado al cementerio porque necesitaba hablar con Clarendon. Después de haber leído algunos viejos apuntes que se conservaban en la biblioteca, después de haber pensado durante unos minutos febriles, ahora había llegado ya a una conclusión. Sabía ya cuál era la raíz de aquel misterio. ¡Ahora lo sabía todo!

Por eso quería hablar cuanto antes con Clarendon. No se sentía con fuerza para esperar allí, en Paladian Manor, donde en cualquier pasillo oscuro una mano QUE ELLA YA CONOCÍA podía apuñalarla. En el cementerio aún debían estar todos reunidos y podría hablar con Clarendon. Resultaría todo mucho más sencillo y, especialmente, mucho menos peligroso.

Conocía muy bien Paladian Manor. La conocía como nadie, pero quizá precisamente por eso le daba miedo.

Sabía que allí existían mil rincones donde nadie podría auxiliarla. Rincones donde un misterio que aún no se había resuelto… ¡acechaba!

Puesto que conducía mal, sólo se atrevió a guiar un viejo coche que apenas se arrastraba por los caminos y que no se calaba nunca. Llegó al cementerio donde esperaba encontrar todavía una verdadera multitud y lo vio todo vacío, todo desierto, con sólo unos rescoldos que ardían en la lejanía. Allí debía estar lo que quedaba del ataúd de la señora Scott.

Frenó el coche.

El miedo la dominaba.

Pero pensó que Clarendon aún debía estar allí, en el cementerio, pues seguramente sería el último en irse. Dejó el viejo automóvil cerca de la entrada y pasó por entre los Cipreses más allá de los cuales había un universo de sombras.

Distinguió con claridad la lucecita de un cigarrillo a unos veinte pasos. Fue hacia allí porque estaba segura de que se trataba de Clarendon.

Pero apenas había andado unos pasos cuando la brasita, desapareció. Nuevamente la señora Sorensen se encontró aislada en medio de las lápidas.

Las sombras se habían espesado, se habían hecho más anchas y más compactas.

—¡Clarendon! —Gritó ella—. ¡Clarendon! ¿Está ahí?

Nadie le contestó.

Sólo se oía el susurro del viento flotando entre las hojas.

De pronto le pareció ver la brasita del cigarrillo en otro sitio. Fue hacia allí como una hipnotizada. De repente se dio cuenta de que la niebla iba llegando poco a poco, de que envolvía las viejas esculturas funerarias.

No sólo había allí cruces, sino lápidas y monumentos con inscripciones. Algunas de las esculturas representaban a eclesiásticos del siglo diecinueve, envueltos en anchos ropajes que ahora parecían tener un significado siniestro. Las inscripciones también se perdían entre la niebla.

GREGORY, EPISCOPUS,
1811-1860

O esta otra:

LORD CARNABY, CAPTAIN OF THE HOME GUARD
1790-1842

La señora Sorensen ya se sentía incapaz de leer. La vista se le nublaba. Y lo peor era que había perdido el sentido de la orientación, porque se daba cuenta de que iba penetrando más y más en el viejo cementerio. La niebla, al espesarse, contribuía a que no supiera dónde ponía los pies.

Y de pronto se detuvo.

Sus labios se crisparon en una mueca de horror, mientras de su garganta escapaba un lento gemido.

Allí estaba la enorme lápida. Allí estaba el sencillo nombre que lo significaba todo, el nombre detrás del cual palpitaba la muerte:

La señora Sorensen se llevó las manos a la boca mientras sentía que sus rodillas flaqueaban. Desesperadamente intentó reunir sus fuerzas y dar media vuelta para salir de allí. De su garganta escapó un nuevo gemido.

Y de pronto la voz.

Aquella voz que conocía demasiado bien.

—¿Qué le pasa, señora Sorensen? ¿Está asustada? ¿Tiene miedo de la señora Scott?

Una figura surgió de entre la niebla.

La señora Sorensen la vio muy bien. Vio aquellos ojos. Vio aquella mueca en los labios. Distinguió la vieja daga florentina que había adornado, durante siglos, una de las panoplias de Paladian Manor.

Intentó gritar, pero le volvieron a fallar las fuerzas. Si algunos hombres se habían sentido aterrados ante aquella espectral aparición, a ella le ocurrió algo peor: quedó hipnotizada, quedó quieta. Ni tan siquiera cuando la daga florentina avanzó hacia ella supo moverse.

La hoja de metal se hundió en su pecho.

Volvió a salir.

Se hundió de nuevo dos veces más.

De los labios de la mujer partió entonces un aullido. Y el hombre que en aquel momento se apeaba del coche patrulla lo oyó muy bien desde más allá de los Cipreses del cementerio.

Clarendon acababa de distinguir el viejo coche negro situado cerca de la entrada. Era el más antiguo de los que había en Paladian Manor y sin duda el que acababa de emplear la señora Sorensen. Corrió hacia allí mientras sus ojos intentaban penetrar en aquel universo de sombras.

El viejo coche estaba vacío. No había ni rastro de la señora Sorensen. Clarendon penetró entre las lápidas, mientras le dominaba un oscuro presentimiento.

Y en efecto, la vio allí, a pocos pasos.

Parecía nadar en el lago de su propia sangre.

Sus ojos estaban desencajados.

Cuando Clarendon llegó allí, la mujer aún vivía, pero ya era incapaz de hablar. Se limitó a mover sus manos trémulas en el aire.

Luego hundió la cabeza sobre la lápida, mientras unas últimas gotas rojas saltaban al aire.

La niebla se había ido espesando hasta convertirse en un sudario.

Unas luces situadas a la entrada y la salida del cementerio eran las únicas que llevaban hasta allí un poco de claridad. Esas luces se reflejaban en la lápida de la señora Scott. Clarendon hubiese jurado que aquella lápida se movía.

Tuvo miedo de empezar a sufrir él alucinaciones también.

Poco a poco, sin tocar a la mujer apuñalada, fue hacia la salida del cementerio.

* * *

Como todos habían supuesto, los titulares de los periódicos del día siguiente fueron de lo más espectacular que se recordaba en la historia de la Prensa inglesa. De pronto, los directores de la famosa Fleet Street, siempre tan astutos a la hora de titular las noticias, parecían haber perdido todas las normas del equilibrio. Los últimos sucesos de Paladian Manor ocupaban a toda plana los mejores espacios, quedando incluso encima de los debates sobre la caída de la libra esterlina.

Clarendon tenía los ojos cargados de sueño cuando leyó aquellos titulares. Y era natural que los tuviese así, puesto que no había podido pegar ojo en toda la noche. Situó los periódicos sobre la mesa de su despacho y se dio cuenta de que el sentimiento de alarma ya había llegado a tener dimensión nacional. Incluso el moderadísimo Times titulaba a tres columnas:

ES NECESARIO QUE EL GOBIERNO TOME ALGUNA MEDIDA EN RELACIÓN CON LOS SUCESOS DE PALADIAN MANOR

¿SERÁ CIERTO QUE HAY QUE VOLVER A CREER EN LOS FANTASMAS?

Otros periódicos pedían que se paralizaran las obras que habían de significar la destrucción del cementerio, pero la mayoría de ellos pedían al contrario, que las obras se aceleraran y que aquel lugar maldito fuera destruido de una vez. Eran muchos los que pensaban

que la venganza de la señora Scott acabaría cuando hasta su sepulcro fuera aniquilado para siempre.

El sargento de la policía local se acercó a él. Llevaba en las manos dos tazas de café y puso una sobre la mesa de Clarendon. Miró a través de la ventana por la que no se veía más que una masa esponjosa y gris.

—Desde Scotland Yard enviarán otra vez a alguien —dijo—. La muerte de Forquester parece que les ha afectado mucho, pero eso no detendrá las investigaciones. Esta mañana he recibido una llamada diciendo que preparara alojamiento para cinco hombres en el hotel.

—¿Cinco inspectores? —Preguntó Clarendon, mientras alzaba la taza de café—. ¿No se daba cuenta de que son demasiados y se confundirán unos a otros?

—¿Por qué? —preguntó el sargento.

—Porque éste no es un caso como los otros. No se trata de ir reuniendo datos, cada uno por su lado, y luego hacer una reunión conjunta para ponerse todos de acuerdo. Esto es… ¿cómo le diría?… Esto tiene que ser como un chispazo. Tiene uno que comprenderlo de repente o no lo comprenderá jamás. La acumulación de datos, por muchos que se consigan, no llevará a ninguna parte.

Bebió a pequeños sorbos su taza de café, mientras miraba pensativamente la ventana. El sargento encendió un cigarrillo en tanto sus ojos se perdían en el vacío. Notó que los dedos de Clarendon tamborileaban inquietos sobre la mesa.

—¿En qué está pensando? —musitó.

—La señora Sorensen lo sabía todo —bisbiseó—. Y tuvo tanta impaciencia por contármelo que fue al cementerio sin esperar a que yo volviese. La certeza le vino al consultar un libro de apuntes que había en la biblioteca.

—¿Apuntes de quién?

—Del viejo Samuel Burns, el muerto. Era una especie de Dietario. Apuntaba cosas de una cierta importancia, para acordarse luego. Algunas personas del servicio recuerdan perfectamente ese libro, pero no lo tocaron jamás. En realidad a nadie le interesaban para nada las cosas del viejo.

—Pues ahí podría estar la solución —gruñó el sargento—.

¿Dónde está ese libro? ¿Y no se puede averiguar en él lo que vio la señora Sorensen?

—Demasiado fácil —suspiró Clarendon—. Por supuesto, ese dietario ha desaparecido. La persona que mató a la señora Sorensen se dio cuenta de la importancia de lo que había leído y se apoderó de ese volumen, seguramente para destruirlo. Por la misma razón, tenía que liquidar como fuese al ama de llaves, que sabía demasiado. Al ver que tomaba un viejo coche para ir al cementerio, la persona que la mató tomó un vehículo más rápido y la esperó allí. Seguro que nunca se le habían puesto las cosas más fáciles para cometer un crimen.

—¿La persona? —Musitó el sargento, recalcando la palabra—. ¿No está hablando ya de la señora Scott?

—Hay personas vivas y personas muertas —dijo ambiguamente el detective.

—No le acabo de entender, Clarendon.

—Quizá yo tampoco me comprenda a mí mismo, pero sé que estoy más cerca que nunca de la verdad. Sé que me falta un solo paso, y sin embargo… quizá ese paso no consiga darlo nunca.

Movió la cabeza con pesadumbre. En aquel momento llegaron unos informes sobre los técnicos que operaban en el cementerio y los leyó. Eran completísimos, pero no aportaban nada nuevo.

No se habían encontrado huellas, porque el asesino o la asesina fueron descalzos. Tampoco aparecían marcas de las ruedas del coche en que el asesino o la asesina llegaron, por el sencillo hecho de que los accesos al cementerio estaban cubiertos por fina gravilla, y en la gravilla no quedaban marcadas las características de los neumáticos. Claro que eso tenía otra interpretación, y era la siguiente: el crimen había sido cometido por alguien que no necesitaba vehículos para desplazarse y que no pisaba el suelo. De eso a creer en los fantasmas había sólo un paso, un pensamiento.

Los periódicos de la tarde llegaron poco después. Alguien había ido a la estación del ferrocarril para recogerlos apenas se detuviese el expreso de Londres. Todos los titulares destacaban el hecho de que los altos mandos de Scotland Yard se habían reunido para designar un grupo de inspectores de élite, capaces de solucionar aquel maldito asunto.

Eso significaba que el grupo de investigadores no llegaría hasta

el día siguiente como muy pronto. Clarendon encendió un cigarrillo mientras pensaba tristemente:

—Van a sustituirme. Es lógico, después de todo. Si yo fuese uno de los jefes del Yard, también lo haría.

Y dobló las páginas del periódico.

Pese a tener sólo veinticinco años, se había formado una arruga de preocupación en su frente. En determinados momentos parecía un viejo. El cansancio le había ido invadiendo como una enfermedad.

De pronto aquella arruga de su frente se hizo más profunda. La noticia, que estaba situada en un rincón poco visible de la página, casi saltó a sus ojos.

> «TREVOR PUESTO EN LIBERTAD
>
> »Cuando aún le faltaban dos meses de condena por cumplir, tras haberse beneficiado de los recientes indultos, Samuel Trevor ha sido puesto en libertad, abandonando su celda del penal de Manchester.
>
> »Como se recordará, Trevor fue acusado de doble asesinato y del robo de tres millones de libras, lo que hizo que durante bastante tiempo ocupara las primeras páginas de los periódicos del país. La falta de pruebas, y el hecho de que no apareciera el botín, hizo que se le condenara sólo por pequeños delitos conexos. Aun así, entendemos que los tribunales han sido demasiado benévolos con él al concederle la libertad anticipada».

Los dedos del joven estrujaron el papel sin darse cuenta. Su mirada dejó de posarse en el periódico, mientras sus pensamientos volaban.

Una fortuna lo bastante importante como para que un hombre se sienta tentado a hacer por ella cualquier cosa.

Un botín que no aparece.

Y que tiene que estar en algún sitio.

En algún sitio…

En algún sitio…

Los pensamientos de Clarendon le pinchaban en el cerebro. Sus

dedos soltaron el periódico y sus ojos se clavaron en la ventana.

Una ventana por la que ya entraban los dos elementos que más familiares parecían haberse hecho en Paladian Manor: la niebla y la noche.

C APÍTULO XII

Aquellos pensamientos seguían atormentando a Clarendon horas más tarde, mientras se deslizaba entre las tinieblas cercanas al cementerio. Era más de medianoche y ni un alma viviente se movía en las cercanías; ni un ser humano entraba en aquel recinto maldito donde acechaban los enigmas del pasado.

Pero una cosa empezaba a estar clara para él, y era que la señora Scott no existía. La señora Scott estaba muerta y bien muerta desde cien años antes y jamás se había movido de su tumba. Lo que pasaba era que bajo su lápida, igual que en un santuario inatacable, estaban los tres millones de libras que nunca le fueron hallados a Trevor. Uno de los botines más importantes de la historia criminal de Inglaterra.

Todo aquello lo había organizado Trevor desde la cárcel, de algún modo, aunque eso aún no podía desentrañarlo Clarendon. Pero la razón, en cambio, estaba clara: si el viejo cementerio era arrasado y las lápidas alzadas, aparecería el dinero de Trevor. Por eso era necesario hacer cualquier cosa a fin de que la tumba no fuera tocada.

La señora Scott, sin embargo, no había salido de su tumba. No era cierta la maldita leyenda de su resurrección. Todo aquel mundo fantasmagórico de sus apariciones era un mundo que se deshacía.

Por lo menos en eso pensaba Clarendon, cuando se deslizó entre las lápidas, en medio de un silencio sepulcral. Fue bordeando, poco a poco, los Cipreses, las cruces, los panteones. Y de pronto, cuando ya estaba a punto de llegar a su destino, cayó al suelo mientras sentía un lacerante dolor en el tobillo y contenía un grito de dolor.

Había caído en una sucia trampa, en un cepo que no rompía los huesos, pero que casi los machacaba. Algún asustado habitante de las inmediaciones debía haber pensado que ése era un buen sistema

para cazar a los fantasmas, igual que si los fantasmas fueran lobos. Seguro que el cementerio estaba infestado de ellos.

Dominando su dolor, Clarendon trabajó afanosamente para librarse de él, mientras lanzaba maldiciones en voz baja. No sólo no iba a poder correr, sino que estaba perdiendo un tiempo precioso. Porque de pronto había captado un roce metálico a poca distancia, en la zona donde se hallaba la tumba de la señora Scott, como si alguien estuviese trabajando en la lápida con una palanca de hierro.

Los dedos de Clarendon casi se rompieron a causa del terrible esfuerzo que hizo. Pero cada vez que fracasaba y el cepo volvía a caer sobre su tobillo, sentía el dolor de la muerte.

Un sudor frío bañaba su cuerpo.

Se daba cuenta de que estaba perdiendo su última, su decisiva oportunidad. La solución del misterio estaba apenas a diez yardas y sin embargo… ¡él no podía llegar hasta allí! ¡No podía recorrerlas!

En efecto, dos figuras se movían en la penumbra, a poca distancia, alumbradas solamente por la luz de la luna. Una de esas figuras era la de un hombre joven y fuerte que pocas horas antes había recobrado la libertad en el penal de Manchester. La otra figura era la de una mujer.

Cada uno de ellos manejaba una puntiaguda palanca gruesa en su centro pero afilada en su extremo como una lanza. Una sola persona no hubiese podido levantar de ningún modo la enorme lápida, pero entre los dos lo estaban consiguiendo. Ya la habían removido un poco. Iba cediendo. A un lado aparecía el hueco siniestro de la tumba.

Trevor murmuró:

—Un poco más a la izquierda, Eli.

Eli, la mujer que había dicho que con Trevor ya no tenía la menor relación, hizo lo que le ordenaban. Sudaba copiosamente, pero su fuerza era casi la de un hombre. La lápida cedió más. Trevor se secó un momento la frente con una mano mientras susurraba:

—Tú sola no hubieras podido hacerlo nunca, Eli.

—No. Por eso guardamos el dinero juntos y por eso necesitamos sacarlo juntos también.

—En teoría era muy fácil, ¿eh? Esperar a que se liquidase mi corta condena y… ¡a vivir! Pero entonces vino ese lío infernal de la

autopista y se habló seriamente de que la tumba desaparecería. Ya era cuestión de poco tiempo; de tan poco que fue necesario tomar una decisión: había que impedir a toda costa que el proyecto siguiese adelante. Tú sola no podías levantar la lápida y también era imposible que pidieras la ayuda de nadie…

—Claro. Por eso resucité a la señora Scott —dijo burlonamente Eli—. Yo había estudiado a la perfección sus retratos y sabía cómo maquillarme. Muchos de sus vestidos aún existen, de modo que no hacía falta más que ponérmelos encima. Samuel Burns, el viejo que me había odiado siempre, fue la primera víctima… ¡Y tan fácil! Sólo necesité acercarme a él, mirarle… ¡y zas! Tuvo gracia. ¡Como si la señora Scott hubiera salido realmente de su tumba!

Clarendon oía aquellas palabras, pero no podía moverse todavía a causa del cepo. Sus dedos torturados hacían un esfuerzo sobrehumano. Sus dientes rechinaban mientras ahogaba una maldición.

La voz de Eli llegó hasta él con perfecta claridad, a causa del silencio que envolvía el cementerio.

—Lo demás también fue más sencillo de lo que creía. Tomar el correo de Liverpool en la estación de Manchester y presentarse ante un hombre tan asustado que ya parecía dispuesto a morir… Sacar la vieja botella de «Napoleón» que un día guardó la señora Scott y cuyo paradero sólo yo conocía, después de la muerte de Samuel Burns… Apagar y encender las luces en el momento oportuno… Y por fin sacar el ataúd que la señora Scott nunca pudo tener, y que estaba guardado en un recinto semisecreto de los sótanos de Paladian Manor, Sólo Burns y yo conocíamos ese escondite, pero Burns había hecho una anotación en un libro de la biblioteca donde apuntaba bastantes detalles de la casa. Según esa anotación, yo también conocía el escondite. La señora Sorensen ató cabos, logró ver ese texto… y eso fue suficiente para que comprendiera la verdad. Que en realidad tú y yo seguíamos unidos por el amor del primer día. Menos mal que yo la vigilaba, porque de lo contrario, lo cuenta a ese maldito de Clarendon…

Volvió a manejar la palanca mientras respiraba agitadamente.

—Si la Cámara de los Comunes llega a aceptar el proyecto de paralizar las obras, los crímenes también hubiesen terminado seguramente —dijo—, pero al no ser aceptada la propuesta de

Ransom, yo tenía que volver a matar… Había que lograr que nadie tocara la tumba de la señora Scott hasta que tú salieses… Y ahora lo hemos conseguido. ¡Estamos a un paso del final, Trevor! ¡A un paso del final!

Rió secamente.

Trabajaba con la fuerza de un hombre.

Trevor la miró de soslayo, mientras gruñía:

—Cuando yo te expuse mi plan, pensé que te horrorizaría, pero veo que ha sido al contrario. Te ha resultado muy fácil matar…

—Matar es fácil —dijo ella, con una especie de jadeo—. No lo hubiera imaginado nunca, ¿sabes? ¡Resulta tan sencillo que confíen en una! ¡Y resulta luego tan tentador asestar el golpe!

Rió bruscamente. Su risa tenía resonancias extrañas en la niebla.

Los dos hicieron un último y frenético esfuerzo, y la lápida se desplazó. Más abajo estaba el solemne ataúd de hierro, apenas castigado por el paso de los años. La tumba de la señora Scott había sido violada. El misterio había sido desvelado.

La voz de Trevor sonó quebrada cuando dijo:

—Y debajo hay tres millones de libras… Tres millones para los dos…

Sus ojos brillaban de excitación, sus manos iban ya hacia el hueco de la tumba. Había soltado la palanca y vuelto la espalda a Eli. Como un obsesionado, repitió:

—Tres millones para nosotros…

—No, cariño —dijo la voz helada a su espalda—. Tres millones para mí.

Y de pronto, con un movimiento fulgurante, la aguda punta de la palanca se hundió en la espalda de Trevor, a la altura del corazón. Trevor no pudo ni gritar. Sus ojos se desencajaron, sus manos arañaron el aire. De su boca brotó un poco de espuma. Cayó de bruces sobre la tumba, mientras la punta de hierro de la palanca se hundía otra vez salvajemente en su cuerpo, ahora en la nuca.

La voz pastosa de Eli murmuró:

—Creí que matar era más difícil, cariño, pero tú me has enseñado que no… Me has convertido en un monstruo y al final ha llegado a gustarme mi propio papel, ¿sabes? Ser la más poderosa de todos… La que decide… La que da la vida o da la muerte… ¡Je, je…! Cuando mañana aparezca tu cadáver, todo el mundo creerá

que te ha matado la señora Scott, pero la señora Scott no existe…

Y lanzó otra risita maléfica.

Sus ojos brillaban de júbilo.

Pero era un júbilo satánico.

Eli soltó, también, la palanca tinta en sangre, y tendió las manos hacia el hueco de la tumba. Sus ojos vagaron por la niebla, por la penumbra, por el vacío… Hasta que de pronto se posaron en aquello.

En la figura que avanzaba.

En la momia de otro tiempo.

Los vestidos que conocía muy bien.

Las manos crispadas.

La cara que había visto en todas las habitaciones y en todos los retratos de Paladian Manor…

… ¡LA SEÑORA SCOTT!

¡La muerta!

¡La que no hubiera debido existir!

¡Venía hacia ella!

¡ESTABA ALLÍ!

Eli sintió lo que no había sentido nunca. Sus piernas vacilaban. Su boca se abría y cerraba en una mueca angustiosa. Le faltaba aire y sus ojos se habían nublado, como si se negaran a seguir viendo aquello.

Las manos de la señora Scott fueron, poco a poco, hacia su garganta.

No llegaron ni a rozarla, pero tampoco hizo falta eso. De pronto se rompió algo en el pecho de Eli. De pronto se produjo una especie de estallido. Se llevó las manos a la garganta, mientras los ojos se le salían de las órbitas. Sus rodillas vacilaron definitivamente. Algo en la parte izquierda de su pecho volvió a estallar.

Eli cayó con los ojos espantosamente abiertos.

Con la boca desencajada.

Cayó para siempre junto a la tumba de la señora Scott.

Había muerto DE MIEDO…

La mujer que había flotado ante ella pareció entonces rendida por un infinito cansancio. Se quitó la peluca, las pestañas postizas. Fue a limpiarse con el pañuelo el maquillaje que la deformaba. De sus ojos estuvieron a punto de escapar dos lágrimas.

La mano de Clarendon se posó, entonces, en uno de sus hombros.

Por fin había conseguido librarse del terrible cepo. Con voz opaca preguntó:

—¿Por qué todo esto, Lassie? ¿Por qué?

—Yo… yo sospechaba algo. Yo sabía que ella estaba en contacto con Trevor. Yo había notado detalles y…

Le costaba hablar. Se notaba que algo acababa de morir en ella. Clarendon insistió:

—Y entonces decidiste disfrazarte de señora Scott como ella había hecho en otras ocasiones… ¿Pero por qué? Dame una respuesta…

Lassie contestó con un hilo de voz, mientras se pegaba tímidamente al cuerpo del detective:

—Samuel Burns había sido muy bueno conmigo. En esta casa era el único que me quería.

Y miró hacia atrás, miró a la asesina que había muerto del mismo modo que Samuel Burns murió.

El silencio lo envolvía todo. Y la niebla. Y el vacío.

Los dos fueron hacia Paladian Manor mientras en el camino, casi apoyados uno en el otro, se unían más y más sus cuerpos.

FIN